

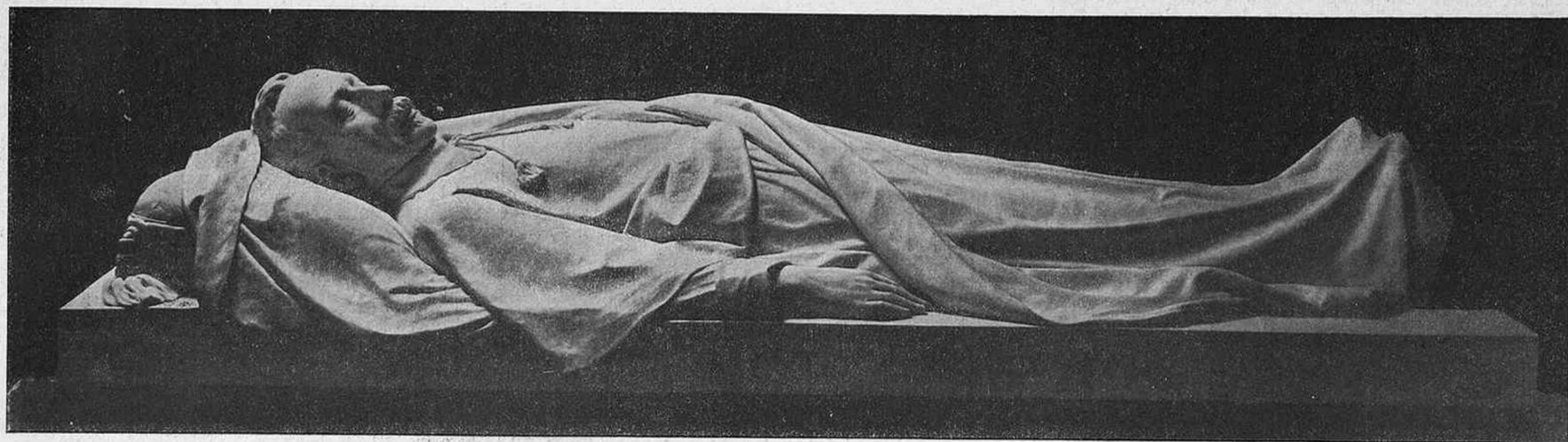
La Ilustración Artística

AÑO XXVI

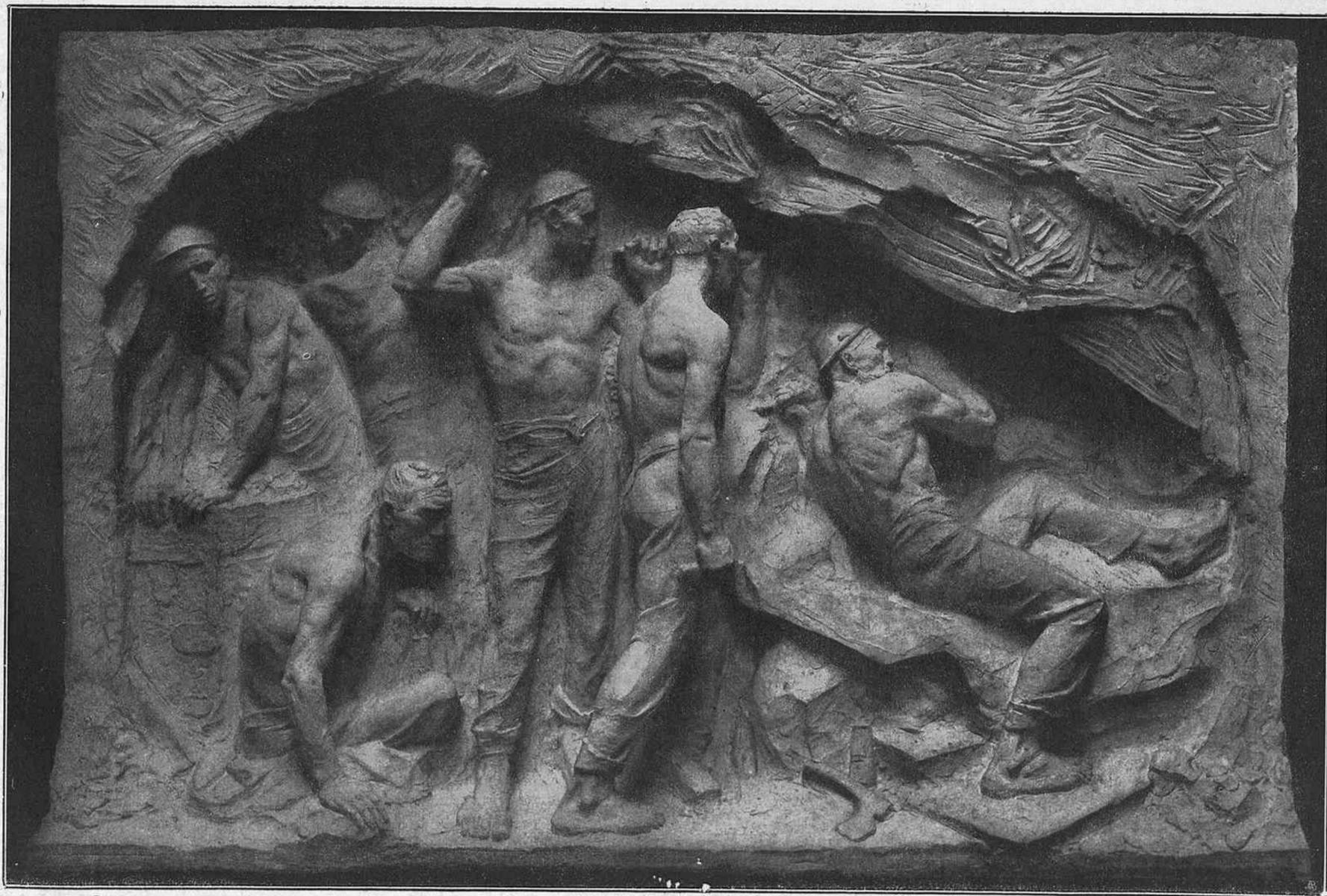
← BARCELONA 28 DE ENERO DE 1907 →

Núm. 1.309

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESTATUA YACENTE, escultura en mármol original de Venancio Vallmitjana



LA MINA, escultura de Constantino Meunier

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*. — *El regreso*, cuento, por Francisco Cambá. — *Retrato de la señora Marquesa de Alella*. — *El maestro Pedrell*. — República Argentina. Buenos Aires. V.ª exposición de arte pictórico español contemporáneo por Justo Solsona. — *Cuestión de Marruecos*. — París. La asamblea de los preadados. — *El terremoto de Kingston (Jamaica)*. — Nuestros grabados artísticos. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *El miedo a la vida*, novela ilustrada (continuación). — Barcelona. Meeting contra el proyecto de ley sobre asociaciones. — París. Las mujeres cocheras. — Libros recibidos.

Grabados.— *Estatua yacente*, escultura de Venancio Vallmitjana. — *La mina*, escultura de Constantino Meunier. — Dibujo de Triadó que ilustra el cuento *El regreso*. — *Vistas de actualidad de Marruecos*. — *Retrato de la señora Marquesa de Alella*, pintado por Carlos Pellicer. — *El maestro Pedrell en su despacho*. — *Después de la merienda*, cuadro de Joaquín Agrassot. — *Un camino en Andaluza*, cuadro de Emilio Sánchez Perrier. — *Los perros del saltimbanqui*, cuadro de Alejandro Segnier. — *La plaza de Max-Joseph, en Munich*, cuadro de Enrique Martínez Cubells. — París. *El castillo de la Muette*. — *Salón en donde celebraba sus sesiones la asamblea de los prelados franceses*. — *Orillas del Guadaira*, cuadro de José Pinelo. — *En busca de aventuras*, cuadro de José Moreno Carbonero. — *Flores y pájaros*, cuadro de Fernando Francés. — *La merienda*, cuadro de Manuel Ruiz Guerrero. — Vistas de actualidad de Kingston (Jamaica). — Vistas del meeting celebrado en Barcelona contra el proyecto de ley sobre asociaciones. — París. *La Sra. Vilain, una de las aspirantes a ejercer el oficio de cochero*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Habéis estado alguna vez en esos bazares de mobiliario que se llaman *Hoteles de ventas*? No se pueden comparar a las prenderías, porque en las prenderías todo es viejo, todo es empeñado, mientras en los Hoteles de ventas la mayor parte del surtido es nuevo, flamante, acabado de salir de casa del ebanista. Pero como sobre cada mueble danza un tarjetón con el precio, no hay que decir los pasos y molestias que se ahorra el que quiere poner casa sin andar de la Ceca para la Meca, regateando aquí y sufriendo engaños acullá. Al menos, en el Hotel todo el mundo paga lo mismo por un mismo mueble, y esto siempre es consolador y calmante para el amor propio del que compra.

Hay que ver, en los Hoteles, el aspecto de los compradores, en su mayoría. Van por grupos—dos señoras, una señora, una señorita, un joven, otra señorita con un señor viejo,—combinaciones de familia, modestias de clase media en busca de los muebles que han de adornar y hacer confortable el pisito barato. Se les ve examinar detenidamente cada futura adquisición; sopesar las sillas, ensayar la resistencia de las butacas, abrir los armarios para cerciorarse de que juegan y encajan bien las puertas, tantear el vigor de las patas de las mesas, comprobar si están sanas las molduras de yeso de los espejos y enterizo el mármol de las mesas de noche. Un mueble es un compañero para toda la vida, en la mayoría de los hogares; a no venir el traslado, el empleo en ciudades lejanas, ese mueble se eternizará en la casa, presenciará las alegrías y las tristezas íntimas de la familia; en la cama que los novios van a adquirir en el Hotel, nacerán los hijos y morirán los padres; ante la mesa de imitación de nogal se sentarán diariamente a partir el pan, y con el pan, la vida entera... Y en estas cosas de la vida, profundas, cariñosas, dolorosas, es en lo que pienso cuando recorro las salas de los Hoteles en busca de algún grabado ó de algún *bibelot* viejo, que á veces, entre los brillos del barniz fresco, asoma mostrando su pátina suave.

Los Hoteles son lo que era en otro tiempo el Rastro, porque en ellos se encuentra de todo. Sólo que en el Rastro predominaba lo viejo, y en los Hoteles, como dejo dicho, es lo nuevo lo que forma la base del tráfico. Los Hoteles están limpios; podéis recorrer sus vastas salas, abarrotadas de mobiliario, sin mancharos la ropa ni sacar los guantes negros. La mugre clásica de las Américas ha desaparecido. Hasta hay algo de coquetería graciosa en las sillas forradas de seda, en las vitrinas de claros cristales, en el frote de encáustico de los armarios y aparadores de talla, y en el vivo dorado de los bronceos. El *confort*, esta necesidad apremiante de la existencia contemporánea, se insinúa y se infiltra en la voluntad y el deseo de la gente, no toda acomodada, que recorre los Hoteles. Han desaparecido las sillas de paja, las cómodas de caoba, las esteras, los braseros, las consolas, los relojes y candelabros de cinc, las modestísimas alhajas con que se honraban las casas de medio pelo, y aun algunas de cumplida cabellera, en épocas no remotas; y oí decir, con la mayor naturalidad, á

unos novios cuyo haber no pasará de seis ó siete mil pesetillas anuales, que han puesto un gabinete *Imperio* y que la sala la pondrán *Luis XV*. Todo esto es por obra y gracia de los Hoteles.

Son el veneno y el contraveneno, porque cuando las vicisitudes de la suerte obligan á esos mismos novios, ya esposos, cargados de familia y discurriendo arbitrios para hacerse la vida más barata, á vender el Luis XV y el Imperio; en tal contingencia acuden nuevamente al Hotel. Deslucidos ya, van los muebles que un tiempo fueron orgullo de la feliz novia, á ocupar otra vez un sitio en la almoneda pública y diaria. ¡Oh, si hablasen los muebles! ¡Qué historias tan sabrosas ó tan amargas referirían! ¡Qué cantidad de alma humana ha impregnado con átomos sutiles de melancolía, de desesperación, de emoción venturosa, esa madera, ese bronce, esos brocados, esos cortinajes pesadamente guarnecidos de pasamanerías y borlones, esos tirantes biombos tras de los cuales se escondió el llanto de la pena ó el retozo del amor!

En los Hoteles se venden también cuadros antiguos. Claro es que no de los mejores, ni mucho menos, porque el lienzo ó el cobre de valor artístico verdadero ha sido ya arrebatado por el anticuario. Retratos mediocres, paisajes modernos de esos que abundan y cunden como una epidemia, acuarelas de casacón y grandes lienzos místicos, embetunados, es lo que podréis descubrir, por regla general, en los salones más recónditos de los Hoteles. Trozos de retablos desdorados, estatuas de piedra mutiladas, vargueños falsificados, porcelanas rotas y compuestas artísticamente, arcaicas imágenes en urnas, mamparas con chinos sobre fondo de laca azul, escudos rotos, arrancados de alguna sobrepuerta, se hacinan en confusión menos pintoresca que la del Rastro, y sugieren al espíritu la idea nostálgica de los pasados y extinguidos esplendores. Esta idea es, sin género de duda, la poesía especial de semejantes leoneras.

En efecto, detrás de un despojo de ciertos grandes naufragios sociales, vemos desenvolverse el drama del naufragio mismo, con sus peripecias y episodios, que seguimos entonces tal vez con mirada distraída, y que ahora reconstruimos de golpe en unidad de acción. Dos enormes espejos tallados y blasonados, que se arrinconan en un ángulo de la sala semiobscura, evocan el recuerdo de una familia que aún ayer descollaba en los más clanistas y escogidos salones de la corte. Ella, una belleza profesional; él, un hombre de *club*, de estos cuyo tipo parece especial creación de la etapa que atravesamos. A ella se la veía en los teatros y en los saraos, deliciosamente vestida y tocada, hermosa de otra manera que cuando llegó á la corte desde su provincia: algo marchita y lánguida su frescura, afinado su tipo, prolongado el cuello, cárdenas las ojeras, realzada con artificios la beldad —indiscutible é indiscutida,—pero ya tocada por el dedo riguroso de los años de madurez, aunque fuese tan juvenil el cuerpo y tan admirable la perfección de las facciones. Su nombre se citaba en primer término en las revistas de la prensa; su sonrisa era solicitada; y cuando, por caso rarísimo, daba una fiesta, el asistir á ella considerábase un diploma de elegancia y buen tono. Tenía ese ambiente especial, que en Francia se llama *capiteux* y que aquí no hay palabra con qué definir; aureola de la mujer elevada y codiciada, cuya presencia alumbraba y cuyos ojos son solitarios ricos, que eclipsan á las joyas... Y la gente, desde afuera, no veía más que esto: no pensaba si en tal existencia se plantearía un problema económico terrible; si una mañana los acreedores—que no se contentan con sonrisas del labio ni ondulaciones del cuello de cisne—iban á presentarse reclamando todo lo que ya era suyo en la aristocrática morada, y si, para acallarles, iba á ser preciso que los espejos donde se reflejó tanto hechizo viniesen á parar á este rincón semiobsuro del Hotel.

Un simbolismo parece esconderse en estos espejos—esconderse y manifestarse á la vez, según es ley de los verdaderos simbolismos.—Son los espejos altos, amplios, y en su cimera, fastuosos adornos rodean y decoran el blasón. Mucha gente los mira y encuentra que están tasados en módico precio. «Es que—explica el dependiente—el copete se me figura que no es de talla... Deben de ser molduras de yeso...» En efecto, por algunas partes la capa de oro, descascarillada, deja ver la blancura de la pasta en que se moldeaban los resaltes.—Y yo pensé para mí que, cuando los adornos son de talla verdadera, es cuando el mueble de lujo tiene su solidez y su valor, y que en otro caso es de oropel y de alquimia lo que en él puede causar

admiración al sencillo vulgo. Y así las familias ilustres, cuando se dejan arrastrar por el peligroso derribadero de la apariencia y del derroche, que las procura triunfos momentáneos y las relega después á la penumbra de la estrechez y acaso la miseria.—Cortas alegrías de vanidad, satisfacciones acibaradas por los recelos del porvenir, angustias mezcladas con risas, se pagan con la ruina de los hijos y el declinar del nombre. Por muy distinguido, histórico y memorable que éste sea, no cabe conservar su lustre si falta el glóbulo rojo, plebeyo, del dinero, en la sangre azul.

No quiere decir que para preservar el decoro haga falta ser millonario. El decoro no consiste en desempedrar las calles con magníficos trenes, ni en abrir la casa para saraos espléndidos, ni en desclavar el cajón que remite Doucet, ni en estar siempre al aire y pelo de la última moda en indumentaria, mobiliario, servicio, comida, veraneo, etc. El decoro es... *un copete de talla*. La solidez, la seriedad, el pasito que dure..., y lo demás son... copetes de yeso que cualquier *parvenu* puede ostentar, seguramente con mayor profusión que los antiguos y clásicos señores.

He aquí las reflexiones que—entre otras—sugiere una excursión por las salas de los Hoteles de ventas. Y no cabe duda, también las prenderías y casas de empeño enseñan mucho. Quizás enseñan más aún. Porque allí va á parar la joya adquirida á costa de mil sacrificios, exhibida entre transportes de vanidad que provocan espasmos de envidia, y enajenada en los apuros de las horas negras y zozobrantes, cuando falta lo necesario porque se ha querido tener lo superfluo... Allí también tropezáis á cada instante con la nada sentimental, con lo deleznable, lo irónico de las grandes protestas de cariño; al través de los vidrios del escaparate, dijese con corazones, brazaletes con dedicatorias, medallones con rizos de cabellos, preces expresamente fabricadas para atestiguar amistades ó amores, ternuras íntimas y recuerdos imborrables, os lanzan al rostro su carcajada dolorosa, su «polvo eres, polvo serás,» cien veces más amargo que el que sólo se refiere á la descomposición física y orgánica...

Todo eso que parecía substancia de las almas, reliquia sacratísima que hasta no deben mirar ojos profanos; todo eso en que se concentró la poesía de una existencia y la ilusión de un espíritu..., vedlo tasado en doce, en quince duros. Podéis adquirirlo; podéis daros el gusto de borrar la fecha inscrita en lo más recóndito de la alhaja, arrojar al viento los cabellos apolillados, y violentar y profanar lo que acaso sea más respetable que un sepulcro, pues al fin el sepulcro sólo guarda inertes despojos, mientras aquí se guardaba lo que no muere...

Lo mismo que las demás cosas humanas, las casas de empeños, vistas así, son profundamente melancólicas. Debemos mirarlas con ojos insensibles, curiosos únicamente del espectáculo. Como dijo el gran poeta, «no es un escudo, es un corazón de bronce lo que Vulcano deberá forjarte.»

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

En política, como en medicina, los buenos remedios son bastante comunes; pero el arte consiste en saberlos dosificar debidamente y en administrarlos con oportunidad.

GUICCIARDINI.

El amor es el ala que Dios ha dado al alma para que ascienda hasta él.

MIGUEL ANGEL BUONAROTTI.

Dichosos los niños á quienes sus padres conducen á la perfección, no tanto por el largo y difícil camino de los preceptos, como por la senda más directa y más fácil de los ejemplos.

DE AUGESSEAU.

La fuerza más irresistible es la que nos proporciona la confianza que sabemos inspirar.

AZEGLIO.

Los viejos que conservan los gustos de la juventud pierden en consideración lo que ganan en ridículo.

NAPOLEÓN I.

Han sido más los Estados que han perecido por haber violado las costumbres que por haber violado las leyes.

MONTESQUIEU.

Los pueblos, como las mujeres, quieren la fuerza en quien los gobierna, y en ellos no puede existir amor sin respeto; no obedecen sino á quien les impone la obediencia.

BALZAC.



EL REGRESO, CUENTO, POR FRANCISCO CAMBA

I

Fermín había quedado bien pronto sin padres; casi no llegó á conocerlos. Pero sus ojos nunca se empañaron con las lágrimas de la orfandad, porque los parientes que le habían recogido eran buenos y cariñosos.

Vió pasar el tiempo arrojando piedras al agua quieta de las charcas, corriendo por las riberas de los arroyos en busca de nidos, levantando altares en los más ocultos rincones del desván. Luego, un bozo blando cubrió su labio superior; gustábale ya la plática de las mozas aldeanas. Sin embargo, su contento fué enorme aquella tarde en que la tía Gloriosa le dijo delante del tío Lucas:

—Eres un hombre, Fermín; y nuestra pobreza es bien poco, con tantos hijos como tenemos. Hemos pensado sacrificar algunos ahorros y mandarte á tierras de América á que ganes para ti.

Salió. Era una mañana de otoño, aún riente y perfumada. Los caminos llenábanse de hojas secas y los aires con las golondrinas que partían también.

Allá en América le dió empleo un paisano. Trabajaba en el escritorio, teniendo cerca cajones que difundían por la estancia el penetrante olor de la madera y del azúcar. No tardó en sentir los comienzos de la nostalgia.

Después su vida se hizo triste. Cantó constantemente el poema de la ausencia en mudas estrofas de sin igual dulzura; embelleció el momento actual con reminiscencias de visiones santificadas por el recuerdo; sólo amó el aire que le traía aromas de campo, el agua parlera evocadora de lejanos países.

Y así un año y otro... Por fin su alma abrióse á una luz. La fortuna con que había soñado hasta entonces la contemplaba ya imposible. Trabajando mucho ganaría para la vida diaria, ó lo que, según sus cuentas, era lo mismo: para comer y para vestir, todo con modestia. Y esto á cambio de sacrificios enormes. ¡Bah! En la aldea se comía también, también la gente iba vestida. Era de idiotas estar sufriendo cuando el remedio se le presentaba tan fácil: volver, decir á los tíos: «Aquí estoy, pobre como marche; pero lleno de salud, deseando coger el arado...»

Juntó para el viaje. Y en *El Tiburón*, un barco viejo, embarcó con rumbo á España, alegremente, henchido de ilusiones.

II

La diligencia de Campolongo se detuvo un momento en el empalme de Villaclara. El mesón del *Pelouro* habíase ya iluminado y los cuarterones de sus ventanas ponían simétricas manchas de luz sobre el polvo del camino. Sonaba, á lo lejos, el ruido del mar; también se oía, quejumbroso, el canto de los boyeros que tornaban de las ferias con sus yuntas.

Partió el coche atronando el silencio tranquilo de la carretera y del valle. Luego, la dueña del mesón exclamó dirigiéndose al mozo:

—¡Caramba y qué pronto has hecho tu suerte!

Y sus ojos, un momento errantes, parecieron adormecerse en la contemplación de aquellas vestiduras señoriales y marchar luego, como anudando dos cariños, en busca de la hija, que al claro del quinqué hacía calceta detrás del mostrador, junto á una pirámide de papel de estraza.

—No he hecho fortuna, señora Brígida. Vengo tan pobre como cuando marché.

La mujer rogó al mozo que no fingiese; no había de pedirle nada; gracias á Dios, íbase saliendo bien.

—Digo la verdad, señora Brígida.

Y era tan sincero, al parecer, que la ventera se detuvo como contrariada.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Ahí tiene: locuras de los hombres. No estaba para mí la suerte. Me tiraba la tierra.

La señora Brígida llevó ahora su atención hacia el humilde equipaje del indiano.

—Eso tiene un nombre, Fermín: haraganería. Perdona. Y no creas que á tus tíos les va á gustar lo que has hecho.

—Haraganería, no: ganas de trabajar. Pero de trabajar á gusto, en tierras agarimosas. Los tíos tendrán por bien poco unos brazos fuertes junto á sí.

Y en el alma del joven fluctuaba la añoranza de sus días felices en la aldea alegre; de cierta casa adormecida junto al mar, y de las mozas que por las tardes alegran los corazones con sus cantos de amor y de esperanza.

III

Llamó ante el portal que casi besaban las olas amantes. Una extraña zozobra le invadía. Oyó ladrar un perro; oyó unos pasos amortiguados en la paja de la era y después descorrerse unos cerrojos. La voz harta conocida de la tía Gloriosa preguntó:

—¿Quién?

Hubo lágrimas, alegría. ¡Fermín! ¡Y con qué trazas, qué águila de señorío, qué finura de las manos! En los ojos de los labriegos adormeciase una visión de grandezas y prosperidades. Recordaban, quizá, aquellos relatos de cuantos vuelven—un ingenio en las tierras amadas del sol, muchos negros, como en rebaños, sumisos al igual de corderos,—la realidad de maravillas tantas veces escuchadas en el amor de la lumbre, al escuchar los cuentos de encantos.

Fueron todos á acostarse. Al otro día, aún en la cama, comenzó Fermín á evocar ciertos tiempos en que, después del trabajo, buscaba la conversación de las mozas lugareñas. No había tenido desde entonces un solo momento de tanta dicha. Y al lavarse, bendijo la paz bucólica de la aldea. ¡Qué alegría hundir otra vez su rostro en aquella agua perfumada por haber venido corriendo entre flores y hierbas de olor!

Poco tiempo después hablaba en el *sobrado* con su primilla Aura. Preguntó por el vivir de entonces en la aldea; si los sitios adonde se va para hilar el lino eran muy visitados de los galanes y si había contento en las fiestas del estío. Respondió la moza que se habían dado muchos años de hambre y que la gente emigró en caravanas largas; el contento, por lo mismo, no era mucho. Ella, á su vez, deseaba noticias de los parajes por donde el hombre anduviera; de si es verdad que allí la vida no se gana trabajando en el campo, y la razón de esa grande ansia por volver que cuantos vuelven dicen haber tenido. Cuidaba ella que más gratas debían ser las ciudades de mucha gente y muchas diversiones que no la pobre aldea, siempre triste, siempre igual.

De pronto oyóse en el camino rodar un carro y la voz del tío Lucas hablándole á los bueyes, desabridamente, como llena de enojo. Desde la ventana preguntó Fermín:

—¿Qué pasa, tío?

—Nada.

Y á la hora del yantar, fué la tía quien, luego de fijarse en el solo baúl viejo y pequeño, dijo secamente:

—¡No será eso todo lo que traes!.. Vendrá más por el ferrocarril.

—No, señora: no viene nada más.

Hubo un silencio enojoso. Y á la noche, mientras las castañas cocían en la olla de barro, fué también la tía Gloriosa quien habló. Ya Fermín había echado sus cuentas antes de ponerse al camino; con ellos no contaría, sabiendo de su pobreza: le querían bien, muy bien; pero tenían muchos hijos. El mozo, aunque respondió asintiendo, sólo había pensado en contemplar de nuevo la aldea, en beber otra vez el agua de las fuentes, oyendo el canto de los zagales y el rumor de las palomas que se arrullan en las umbrías.

IV

Era ahora su dolor único el verse forzado á abandonar aquella casa tan amada, porque trabajo no había de faltarle teniendo salud y ganas de trabajar. Se engañó: no le quisieron en parte alguna al ver sus manos suaves y su ropa fina, temerosos, tal vez, de no hallarle luego manso y humilde como aquellos otros servidores que más bien parecían siervos.

Y al volver, las gentes se detenían á mirarle. Después oía decir con pena, con mucha pena:

—¡Viene pobre!

Y por los ojos de las ancianas extendíase, ante él, esa lástima que los campesinos de aquellas tierras tienen para cuantos no han hecho fortuna en la emigración; esa lástima ofensiva, donde hay algo que escarnea, como ante un fracaso.

Lo comprendió, al fin, el mozo. Y una de las mañanas que siguieron, caminó otra vez hacia el empalme, á esperar el coche de Campolongo. Gentes de los lugares vecinos iban hacia una fiesta, cantando. Al verlos, por el alma de Fermín cruzó, como un pájaro que torna al nido, el ensueño de aquellos días de América. Vió después, con lágrimas en los ojos, el agua de los arroyos que gemía al regar las brañas; respiró una bocanada de aire perfumado; recordó el pan de la aldea, segado y cocido por manos amigas; jaires que no volverían á acariciar sus sienes, aguas que no había de beber ya nunca, manos que no estrecharía otra vez!

A lo lejos, sobre el mar tranquilo, vió acercarse, lento, un vapor de emigrantes. Y mirando á la aldea, lloró sobre sí.

En una mañana riente había abandonado aquellas tierras para buscar los halagos de la fortuna. Y allá, en ciertos países lejanos, tuvo la osadía de volver á la diosa su espalda, cobardemente. A las gentes de su parentela y de su antigua amistad no les faltaba razón para despreciarle. «Quienes marchan hacia la conquista de algo, triunfan ó no regresan,» es su ley. Él regresó...

Corría el coche. Una moza y un mozo detuviéronse al borde del camino, mirándose. Fermín los contempló con inmensa envidia.

El mayoral azuzaba las mulas.

(Dibüjo de Triadó.)

RETRATO DE LA SEÑORA MARQUESA DE ALELLA, PINTADO POR CARLOS PELLICER.

Discípulo predilecto del eminente pintor francés Bouguereau, Carlos Pellicer ha sabido asimilarse la solidez y la distinción, que fueron la característica de aquel sabio maestro. Sus retratos distingúense por estas cualidades y sobre todo por la elegancia de la factura, por la jugosidad del colorido, por lo artístico de la composición en conjunto; todos ellos tienen un aire señorial, aristocrático; todos revelan la mano del artista de gusto exquisito. Entre los muchos que lleva pintados desde que reside en nuestra ciudad, figura el de la ilustre dama, ha poco fallecida, que adjunto reproducimos; en él verán nuestros lectores confirmadas las cualidades relevantes que dejamos indicadas.

EL MAESTRO PEDRELL

El día 16 de este mes la importante sociedad de conciertos de La Haya, «Der Toonkunst,» dirigida por el célebre maestro Verlhey, ejecutó el prólogo del drama lírico *Los Pirineos*, del maestro Pedrell. La audición, á la que asistieron los reyes de Holanda, fué un éxito inmenso, y seguramente no será el último, puesto que la referida sociedad ha pedido al compositor insigne otras obras suyas, entre ellas *Lo compte l'Arnau*.

Al dar cuenta de este nuevo triunfo del Sr. Pedrell, nos complacemos en publicar una fotografía íntima de nuestro eminente paisano, legítima gloria española, y sentimos una sa-



Retrato de la señora Marquesa de Alella, pintado por Carlos Pellicer

tisfacción grandísima enviándole nuestras felicitaciones más sinceras y reiterándole la expresión de nuestra admiración más entusiasta.

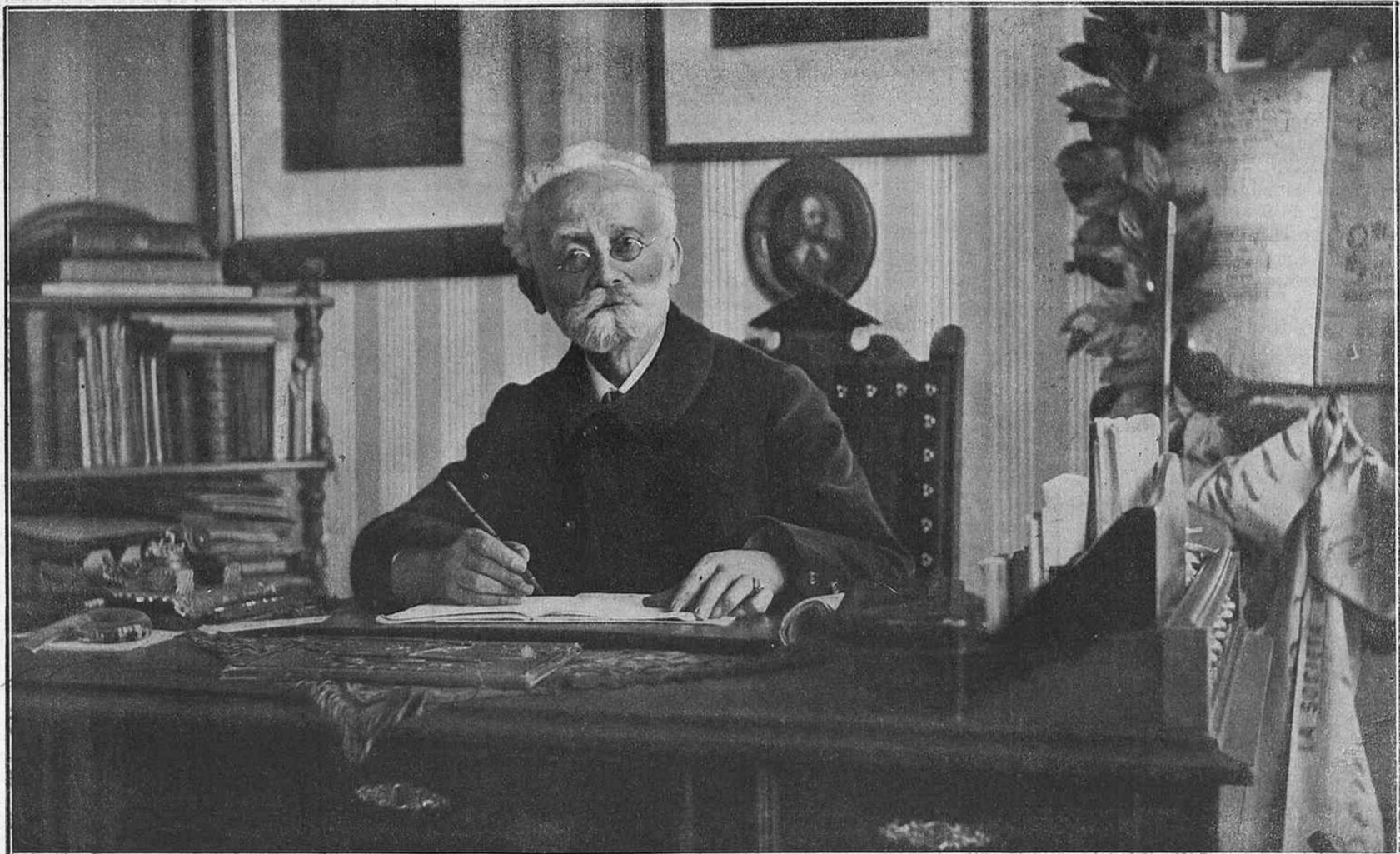
salidas del pincel de uno de los mejores marinistas españoles, resultando de un efecto y verdad sorprendentes las señaladas con los títulos *Puesta de sol*,

REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES.—V.ª EXPOSICIÓN DE ARTE PICTÓRICO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO, ORGANIZADA POR D. J. PINELO.

Como en años anteriores, el Sr. Pinelo ha traído un conjunto de obras de arte, obteniendo el éxito acostumbrado, no solamente artístico, sino también pecuniario. Esta vez el número de firmas ha superado al de los otros años, elevándose á *setenta y cuatro* y las obras á un total de *doscientas diez*, sin contar una notable colección de postales firmadas por Benavent, Brugada, Gómez Gil y Peña, las que se están vendiendo como pan bendito y á buen precio.

La nota dominante de la exposición instalada en el Salón Castillo, ha sido la misma que en las anteriores organizadas por el citado artista: regional andaluza.

A la entrada ya nos reciben José Villegas con sus tres lienzos *Flora esperando*, *Flora abandonada* y *No vienel*, variaciones sobre el mismo tema; Enrique Simonet con *La primera misa*, lleno de misticismo y santa unción; Gonzalo Bilbao con la tela de regulares dimensiones *Salida de las cigarreras de la fábrica de tabacos de Sevilla*, y otra titulada *Casa de vecinos*: la primera con mucha luz, mucho ambiente y muchas figuras trazadas y combinadas con la maestría que distingue al artista; Guillermo Gómez Gil, con seis marinas preciosas, como

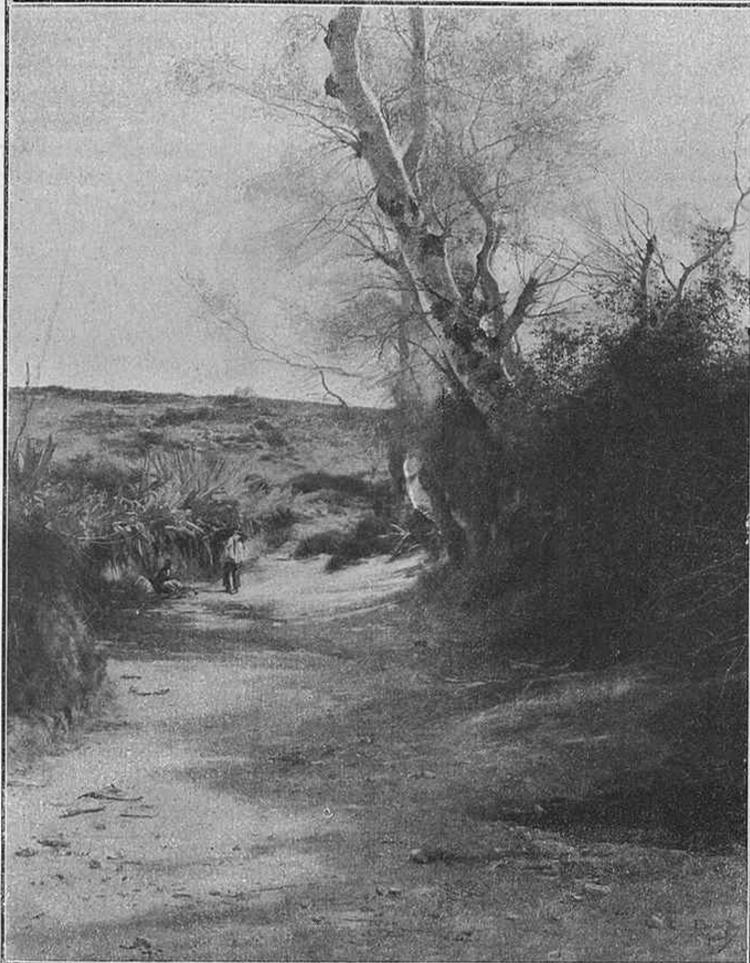
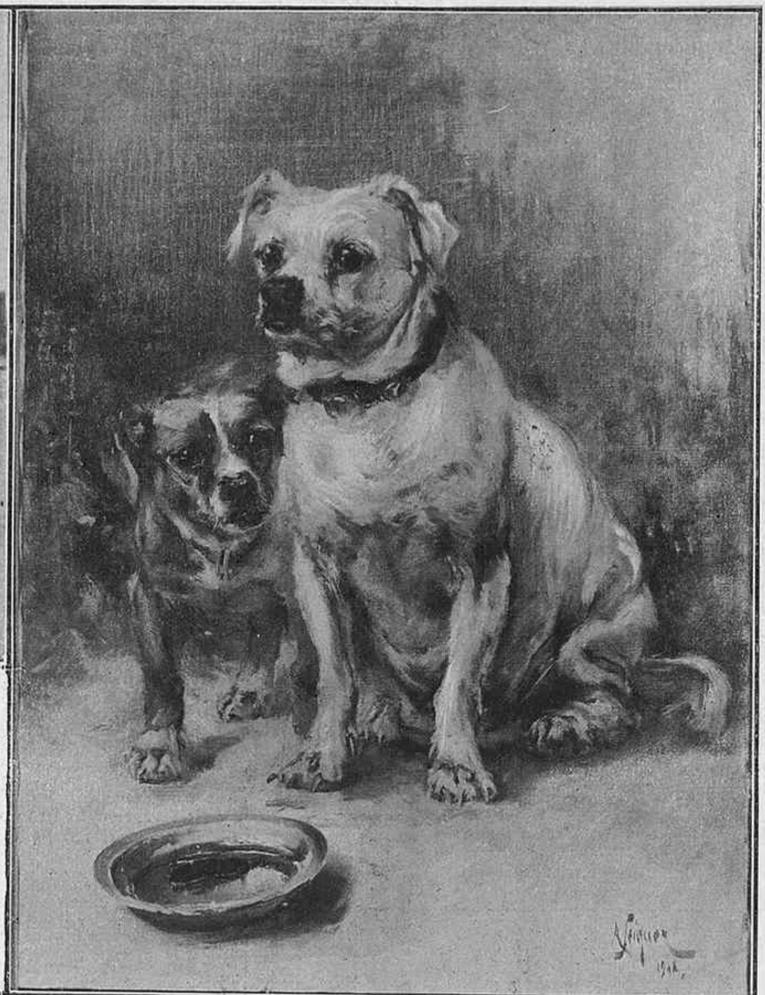


El maestro Pedrell en su despacho. (De fotografía)

Resto de una barca y Efecto de luna, no siendo de menor mérito Playas de Málaga, Barcas de vela y Una tempestad. A medida que penetramos en el salón nos vamos encontrando con José y Juan García Ramos; el

co lienzo En busca de aventuras, una escena del Quijote; Cecilio Plá, con El cuento del loro, lleno de picardía; Manuel Ruiz Guerrero, con dos cuadros muy notables, Las uveras y La merienda, sobre todo el

Angel Andrade, Manuel Barreira, Manuel Alcázar, Fernando Alvarez de Sotomayor, Luis Bertodano, José Benavent, M. Bertuchi, Luis Beut, Juan Francés, Conde de Aguiar, Salvador Clemente, José Casado del Ali-



REPÚBLICA ARGENTINA. — BUENOS AIRES. — V.ª EXPOSICIÓN DE ARTE PICTÓRICO CONTEMPORÁNEO ESPAÑOL, ORGANIZADA POR EL ARTISTA D. JOSÉ PINELO EN EL SALÓN CASTILLO. — DESPUÉS DE LA MERIENDA, cuadro de Joaquín Agrassot. — UN CAMINO EN ANDALUCÍA, cuadro de Emilio Sánchez Perrier. — LOS PERROS DEL SALTIMBANQUI, cuadro de Alejandro Seiquer. — LA PLAZA DE MAX-JOSEPH, EN MUNICH, cuadro de Enrique Martínez Cubells. (De fotografías remitidas por D. Justo Solsona.)

primero con dos cuadros notables, *El frío en Sevilla* y *Las cigarreras*, y el segundo con otros dos de menor importancia, que titula *Patín de las damas* y *La mano padre*; José Pinelo con ocho paisajes, entre ellos *Molino del arrabal*, ganador de segunda medalla en la última exposición de Madrid, y *Orillas del Guadaira*, todos pintados con el amor a cosa vivida y sentida, resultando frescos y jugosos de color; Tomás Muñoz Lucena, con cuatro telas, entre las que sobresale *Dar de beber al sediento*; Joaquín Agrassot, con cuatro, todas dignas de su privilegiado pincel por su factura y por las interesantísimas escenas representadas, especialmente *El bautizo* y *Después de la merienda*; Nicolás Alperiz, con otras cuatro, que quizá no son tan apreciadas como ellas se merecen por su tonalidad un tanto bituminosa y oscura, sobre todo en los fondos; Manuel Benedito, con tres preciosas telas, *Gente de mar*, *Vuelta del trabajo* y *En la cuna*, notables por la fuerza del concepto pictórico y por la composición; Juan José Gárate, con *Cantares baturros*, *La casa de un tordo*, *Una gitana* y *Una copla alusiva*, este último de una expresión en las figuras muy intensa; Luis Giménez con media docena, siendo *Las segadoras* de una factura admirable, quedando también a buena altura las demás; José Moreno Carbonero, con su úni-

último; Emilio Sánchez Perrier, con dos paisajes: *Un camino en Andalucía* y *La ribera de Guillena*, ambos bien sentidos; Salvador Sánchez Barbudo, con el boceto *En misa*; Salvador Viniegra, con la *Junta de una Cofradía á principios del siglo XIX*; Alejandro Seiquer, con *Los perros del saltimbanqui* y *Le vernisage*; Enrique Martínez Cubells, con seis telas representando vistas de Venecia y Munich; Juan Llaverías, con veintidós acuarelas de paisajes y marinas de Cataluña; Joaquín Luque Roselló, con cuatro hermosos cuadros; Ricardo Brugada, con ocho trabajos, casi todos ellos escenas andaluzas; Máximo Peña Muñoz, con cinco muy meritorios, especialmente al pastel *Mirando sus joyas*, de un dibujo perfecto y de una delicadeza y suavidad deliciosas.

Con lo expuesto, aunque sea tan á la ligera, ya comprenderán nuestros lectores la verdadera importancia de la mentada exposición; agregando, además, que también han presentado obras muy dignas de encomio Manuel Villalobo, Auriel Tuset, Javier Wintuhisen, Pedro Sáenz, José Salís, Nicolás Soro, Marcelino Santa María, Justo Ruiz Luna, Francisco Ramos, Manuel de la Rosa, Feliciano Roy, Angel Ramírez, Manuel Ramírez López, Ramón Pulido, José Pedraza, Felipe Abarzuza, Eugenio Alvarez Dumont,

sal, A. Cánovas, Tomás Campuzano, Luis García Sampederro, Ciriaco de la Garza, Federico Godoy Castro, Felipe Gil Gallango, Manuel González Agreda, M. González Santo, José Jiménez Aranda, Daniel Hernández, Miguel Hernández Nájera, Casimiro Iborra, Agustín Lhardy, José Macías, Ricardo Madrazo y Garreta, José Parada, José Pueyo, y para dar por terminada esta tan larga como árida nomenclatura, la cerraremos citando el nombre de dos damas que figuran muy dignamente en esta exposición: la señora doña Fernanda Francés de Arribas, que expone el precioso cuadro *Flores y pájaros*; y la señorita Elisa Lagravere, parisiense, pero domiciliada en Málaga, discípula del tan celebrado marinista D. Guillermo Gómez Gil, que presenta dos espléndidos cuadros de flores.

El mes de octubre cierra en Buenos Aires la serie de exposiciones. Al cerrar Pinelo la por él organizada, quedará, hasta el próximo abril, de hecho clausurada la temporada. Pero al llegar el futuro Otoño con sus opimos frutos, volverán los artistas á la lucha para conquistar honra y provecho, y sobre todo, un lugar en el mercado, cada día más importante, de la República Argentina.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, octubre, 1906.

CUESTIÓN DE MARRUECOS

Ben Ghazi, bajá de Tánger, se ha encargado del mando de la mehalla y ha dirigido una nota á las legaciones para recomendar á los europeos que no se alejen de aquella ciudad mientras duren lo que él llama operaciones militares, y se abstengan sobre todo de ir á Zinat, la antigua guarida del Raisuli.

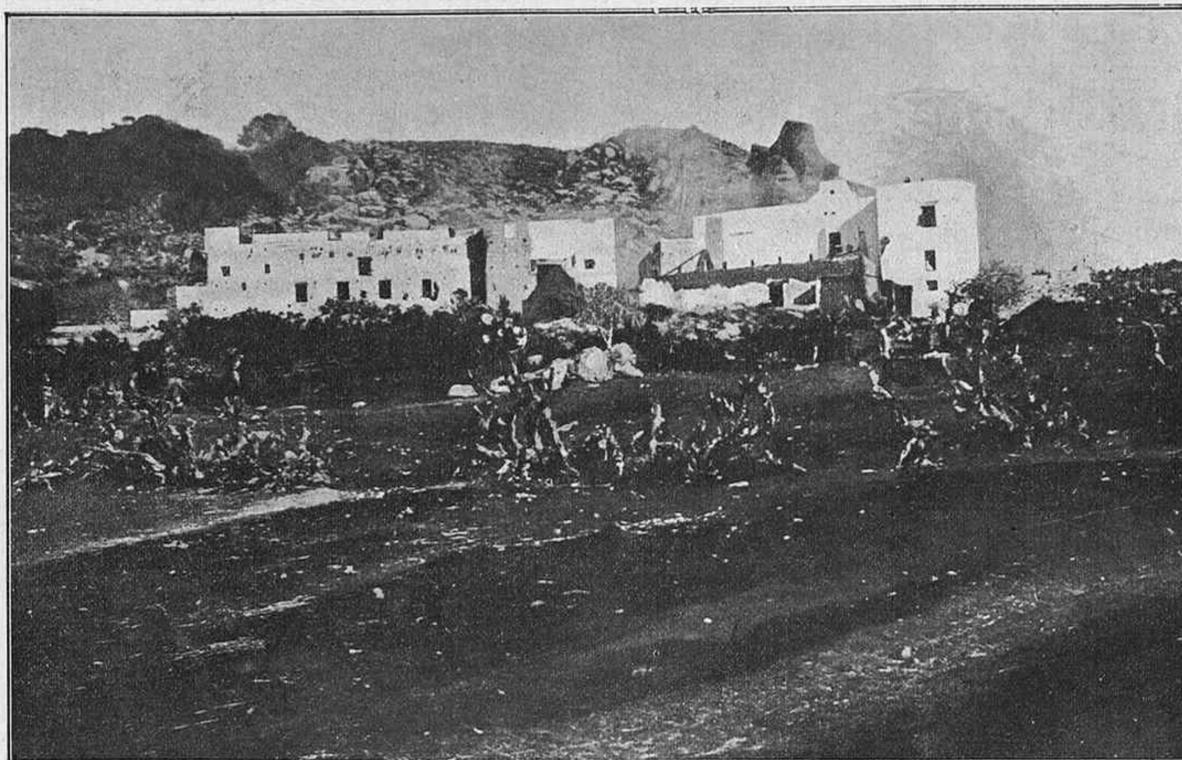
Pero en el entretanto la tal mehalla no se mueve de Tánger y de sus inmediaciones y se dice que se está negociando un *amán*, por el que el sultán perdonaría al célebre bandolero á condición de que abandonara los lugares que han sido teatro de sus fechorías y se retirase á Fez ó marchase desterrado á Egipto ó á Argelia. Pero el Raisuli, á lo que parece, no se fía del Maghzén, y para aceptar cualquiera de esas soluciones exige que dos potencias europeas garanticen su seguridad. Actualmen-

propias armas y municiones á las tribus que han permanecido fieles al bandolero, lo cual ha determinado al Maghzén á dar una orden por virtud de la cual será encarcelado todo individuo que, no pertenecien-

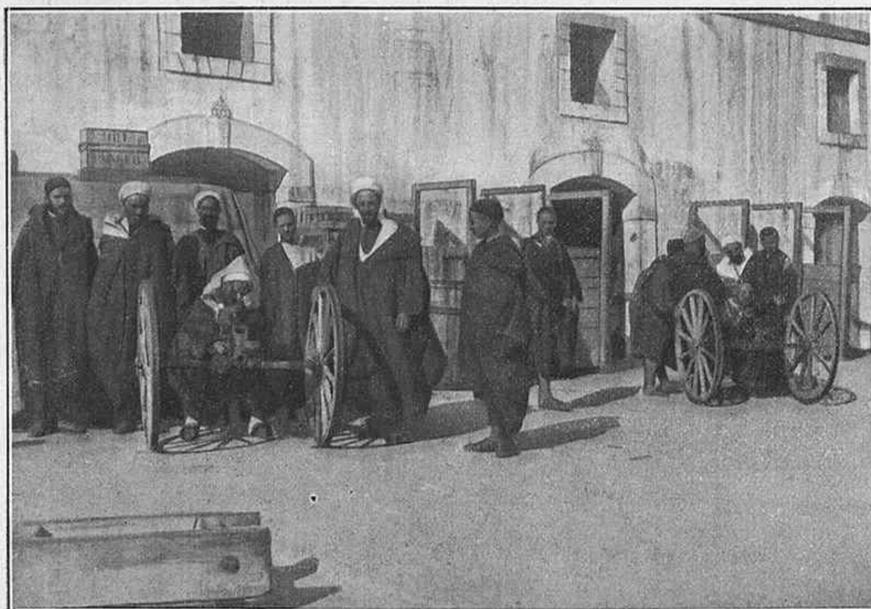
do á la mehalla, tenga en su poder un fusil de ordenanza.

Las tropas jerifianas dan, pues, quince y raya á las insurrectas en punto á respeto á las haciendas ajenas.

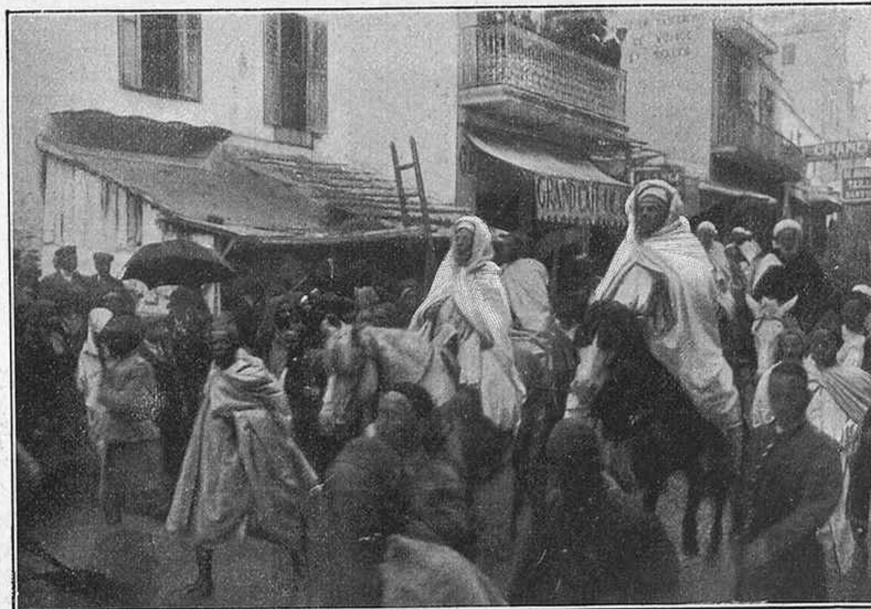
Un hecho, entre otros muchos, lo demuestra evidentemente: había en Zinat unos grandes almacenes denominados L'Hermitte, propiedad de un francés y llenos de mercancías; cuando el Raisuli, acosado por la mehalla, se encerró en su casa para emprender luego la fuga, esos almacenes estaban intactos, pues aquél había prohibido á sus partidarios que los tocaran. Pero lo que los rebeldes habían respetado fué destruído y saqueado por las fuerzas del sultán en presencia y acaso bajo la dirección de sus mismos oficiales, quienes no ignoraban que se trataba de cosas pertenecientes á un extranjero. Y al día siguiente los materiales y los géneros producto del saqueo, eran vendidos públicamente en Tánger por los de la



MARRUECOS. - VISTA DE ZINAT, INCENDIADA Á CONSECUENCIA DEL BOMBARDEO REALIZADO POR LAS TROPAS DEL SULTÁN. (De fotografía de Photo-Nouvelles.)



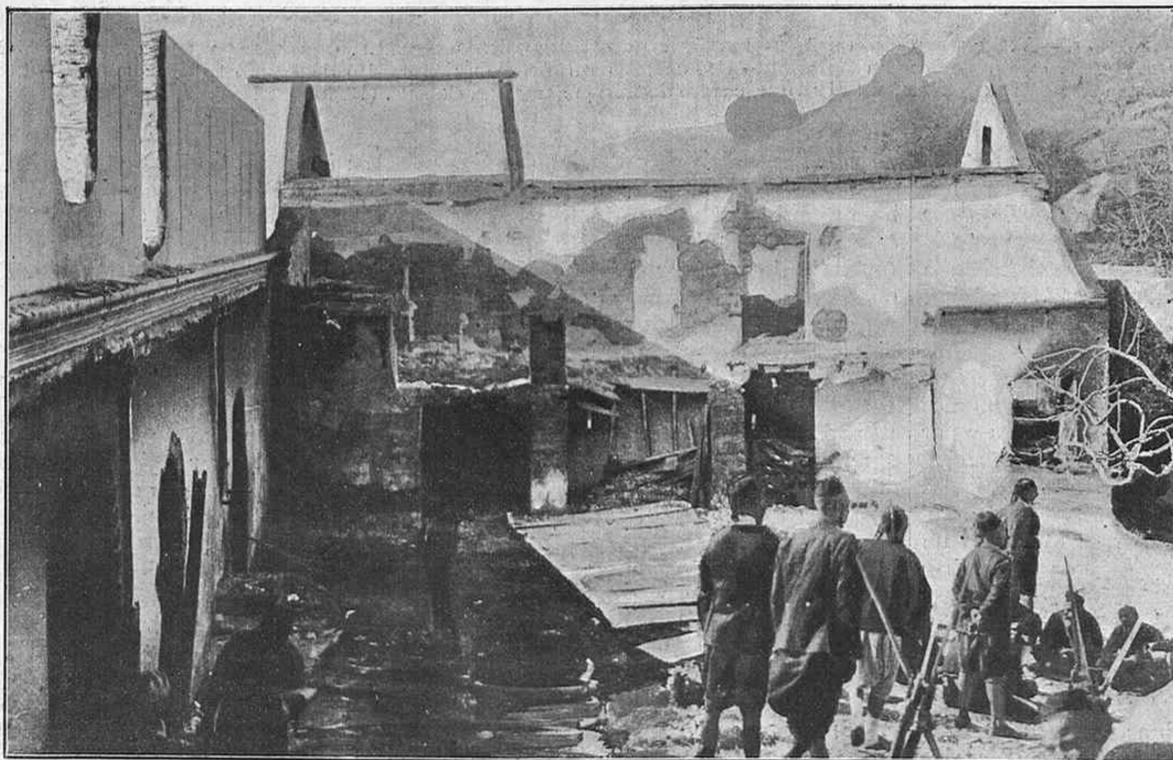
MARRUECOS. - ARTILLERÍA MARROQUÍ DE LA MEHALLA DE SI EL GUEBBAS, QUE BOMBARDEÓ LA POBLACIÓN DE ZINAT, EN DONDE SE HABÍA REFUGIADO EL RAISULI. (De fotografía de Carlos Trampus.)



MARRUECOS. - EL MINISTRO DE LA GUERRA SI EL GUEBBAS Y EL BAJÁ DE TÁNGER BEN GHAZI ENTRANDO EN TÁNGER AL FRENTE DE LA MEHALLA. (De fotografía de Carlos Trampus.)

te hállase entre los *beni-msauer*, que le vigilan rigurosamente hasta el punto de que más que huésped diríase que es su prisionero; al fin y al cabo la persona del jefe rebelde puede llegar á ser para ellos valiosa mercancía que el sultán les compra á buen precio.

Hemos dicho que la mehalla ha cesado en su persecución del Raisuli; más no se crea que permanece inactiva. En efecto, los soldados que la componen, sin duda para entretener sus ocios, se dedican á saquear las viviendas de las poblaciones cuya defensa les está encomendada, y en los alrededores de Arzila roban los rebaños, incendian las casas y violan á las mujeres. Y por si esto fuera poco, venden sus



MARRUECOS. - OCUPACIÓN DE ZINAT POR LAS TROPAS DE LA MEHALLA DESPUÉS DEL BOMBARDEO (De fotografía de Photo-Nouvelles.)

mehalla. El espectáculo no podía ser más edificante.

Entre unas y otras cosas, el descontento es general, tanto más cuanto que se dice que el sultán, fundándose en que se trata de casos de fuerza mayor, se negará á dar satisfacción á las demandas de indemnizaciones que presenten los europeos por los daños causados por el Raisuli.

Francia y España han retirado sus escuadras de las aguas de Tánger ante la seguridad de que el gobierno marroquí aplicará las reformas acordadas en la conferencia de Argencias.

¿Responderá el Maghzén á esa confianza? Tratándose de Marruecos, lo menos que puede hacerse es ponerlo en duda.—R.

PARÍS.—LA ASAMBLEA DE LOS PRELADOS

Con objeto de adoptar las resoluciones que hace necesarias la situación creada á la iglesia católica en Francia por las recientes leyes, los prelados franceses acordaron reunirse en asamblea que, no pudiendo efectuarse en el palacio arzobispal de París, hoy confiscado por el gobierno, se ha celebrado en el castillo de «La Muette», en Passy, propiedad del conde de Franqueville.

Asistieron á ella setenta prelados, presididos por el cardenal Richard, arzobispo de París, que se distribuyeron en cuatro comisiones, las cuales se han ocupado de las reglas que han de adaptarse para el ejercicio del culto, que ha de seguir siendo público; de la cuestión económica y del «dinero del culto»; de la organización de la nueva existencia del clero, alquiler de rectorías, vida en común, etc.; y de la reorganización de seminarios y escuelas eclesiásticas preparatorias.

Los acuerdos tomados por la asamblea permanecerán secretos hasta que hayan sido aprobados por el Papa; puede afirmarse, sin embargo, que se ajustan en absoluto á las encíclicas pontificias y no son más que desenvolvimiento de las instrucciones dictadas por el Vaticano.

El castillo de La Muette, cuyo hermoso parque confina con el Bosque de Boulogne, es una magnífica residencia á la que van unidos muchos y muy interesantes recuerdos históricos. En su origen, era una simple casa que los soberanos franceses habían hecho construir en medio del citado bosque para guardar las mudas de los ciervos (*mues*), es decir, las astas

que pierden en el otoño, y los halcones destinados á la caza; de aquí el nombre de *Muette* dado á aquel cazadero construido en el siglo xvii. La Muette formó parte del patrimonio de Margarita de Valois, reina de Navarra, la cual, á la muerte de Enrique IV, la cedió, con todos sus demás bienes, á Luis XIII

jardines á costa del Bosque de Boulogne, adornándolos con estatuas, y las habitaciones fueron decoradas con gran magnificencia.

En tiempo de Luis XV, fué habitado por éste y sus amantes, entre ellas Mme. de Pompadour. Aquel rey, después de haber agrandado considerablemente

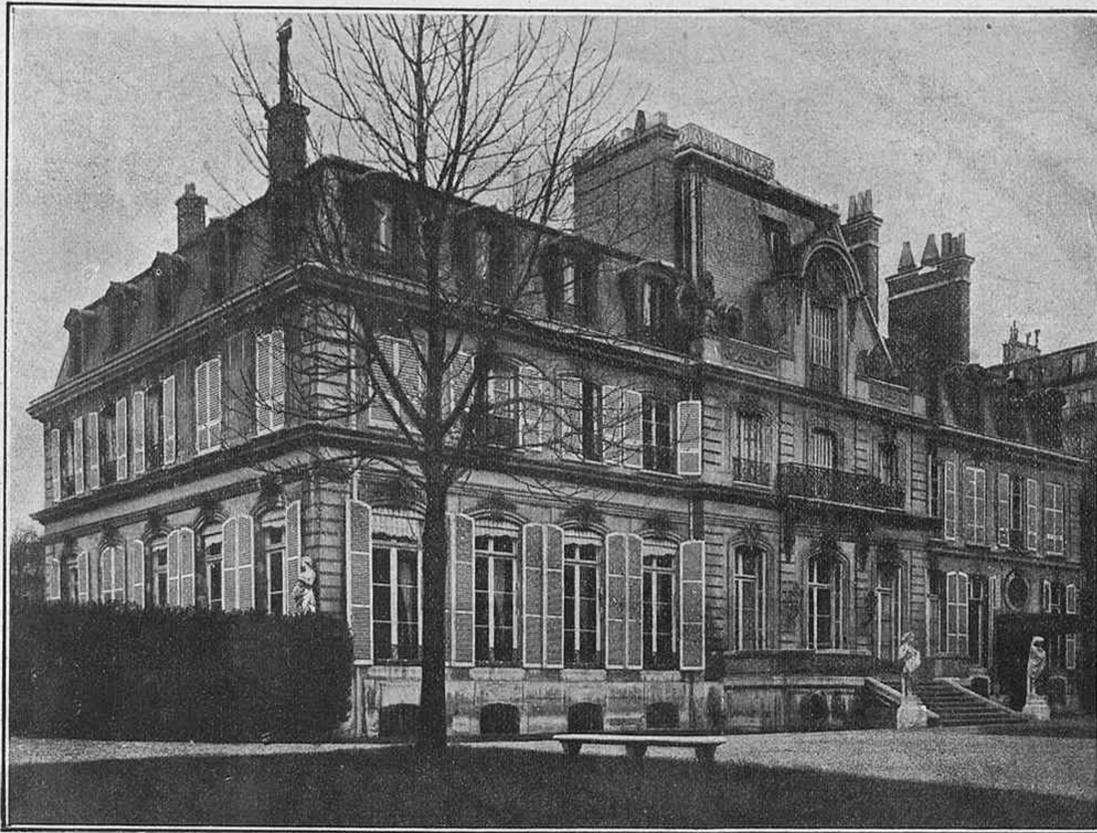
el castillo, quiso derribarlo y construirlo de nuevo, sin que bastaran á disuadirle de tal empeño las reflexiones del contralor general de Hacienda Machault d'Arnouville, que no sabía de dónde sacar los recursos para satisfacer aquel capricho del soberano. La guerra de Siete años fué causa de que se abandonase aquel proyecto de reconstrucción.

Después del fallecimiento de Mme. de Pompadour, Luis XV visitó pocas veces el castillo que, en cambio, durante el reinado de Luis XVI, fué la residencia familiar por excelencia, en donde se refugiaban de cuando en cuando el rey y los suyos para huir de la etiqueta cortesana.

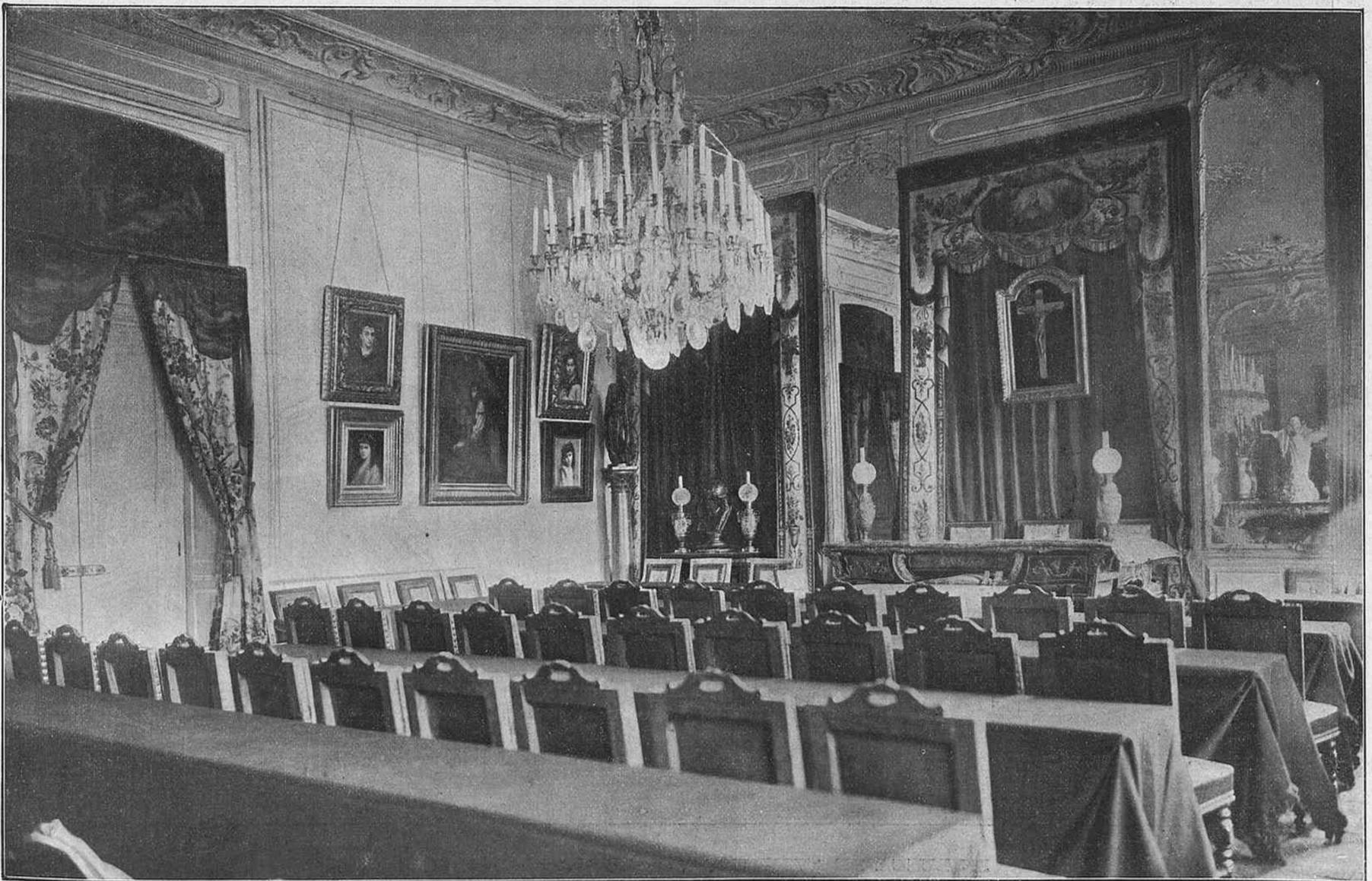
En el período revolucionario, La Muette sufrió graves mutilaciones, y en 1718 fué comprada por 275.000 francos por el famoso fabricante de pianos Sebastián Erard. Actualmente pertenece al conde de Franqueville.

La antigua residencia real conserva toda su anti-

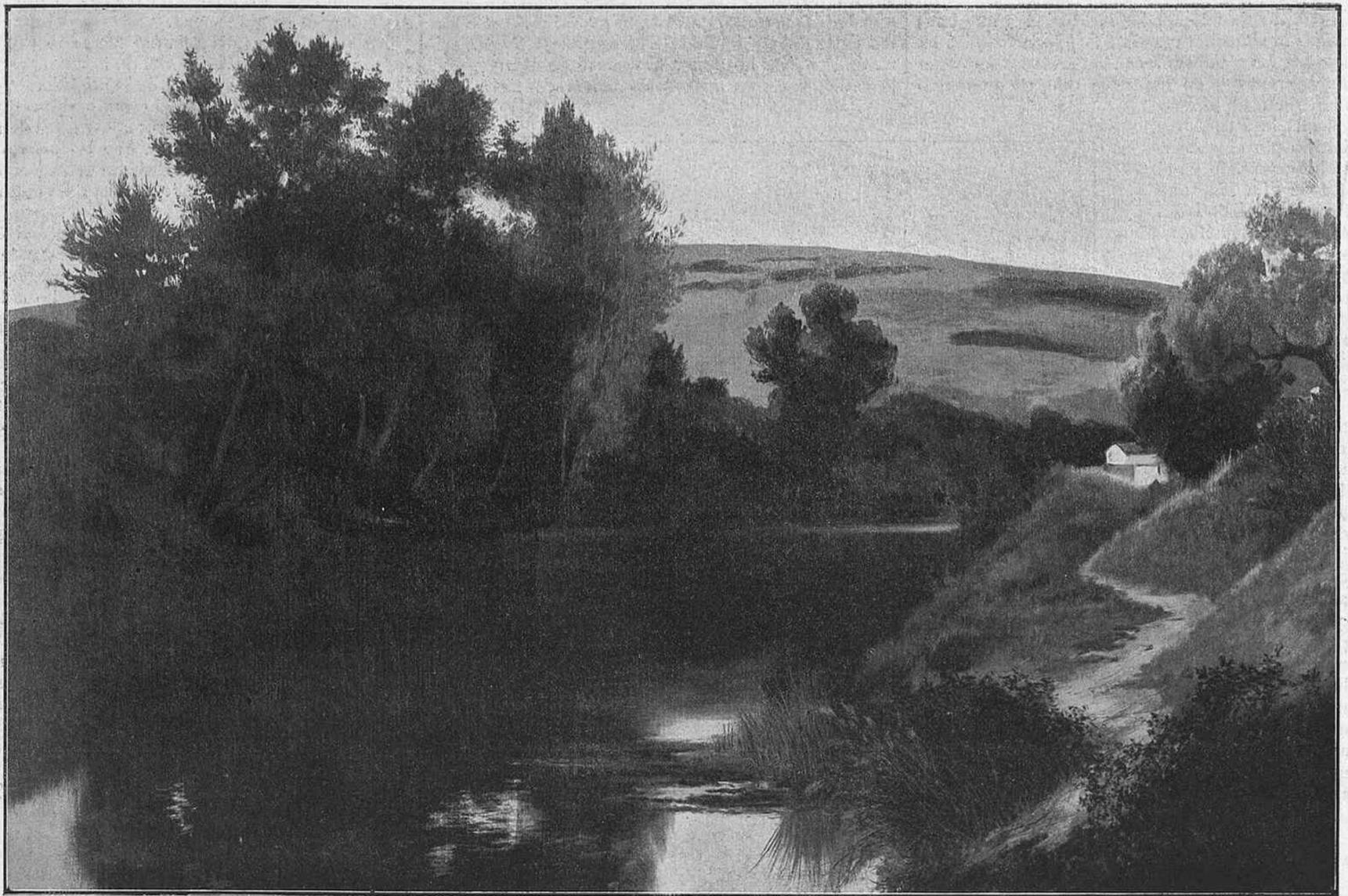
güa magnificencia, y las piezas de la planta baja han sido convenientemente dispuestas para las tareas de la asamblea, cuyas sesiones se han celebrado en el gran salón, de once metros de largo por diez de ancho, en el que se admiran hermosas obras de arte, entre las que figuran cuadros notabilísimos de Landelle, Baudry y Hebert.—C.



PARÍS.—EL CASTILLO DE LA MUETTE, EN DONDE HAN CELEBRADO SU ASAMBLEA LOS PRELADOS FRANCESES. (De fotografía de Carlos Trampus.)



PARÍS.—SALÓN DEL CASTILLO DE LA MUETTE, EN DONDE CELEBRA SUS SESIONES LA ASAMBLEA DE LOS PRELADOS FRANCESES. (De fotografía de Carlos Trampus.)



ORILLAS DEL GUADAIRA, cuadro de José Pinelo



EN BUSCA DE AVENTURAS, cuadro de José Moreno Carbonero



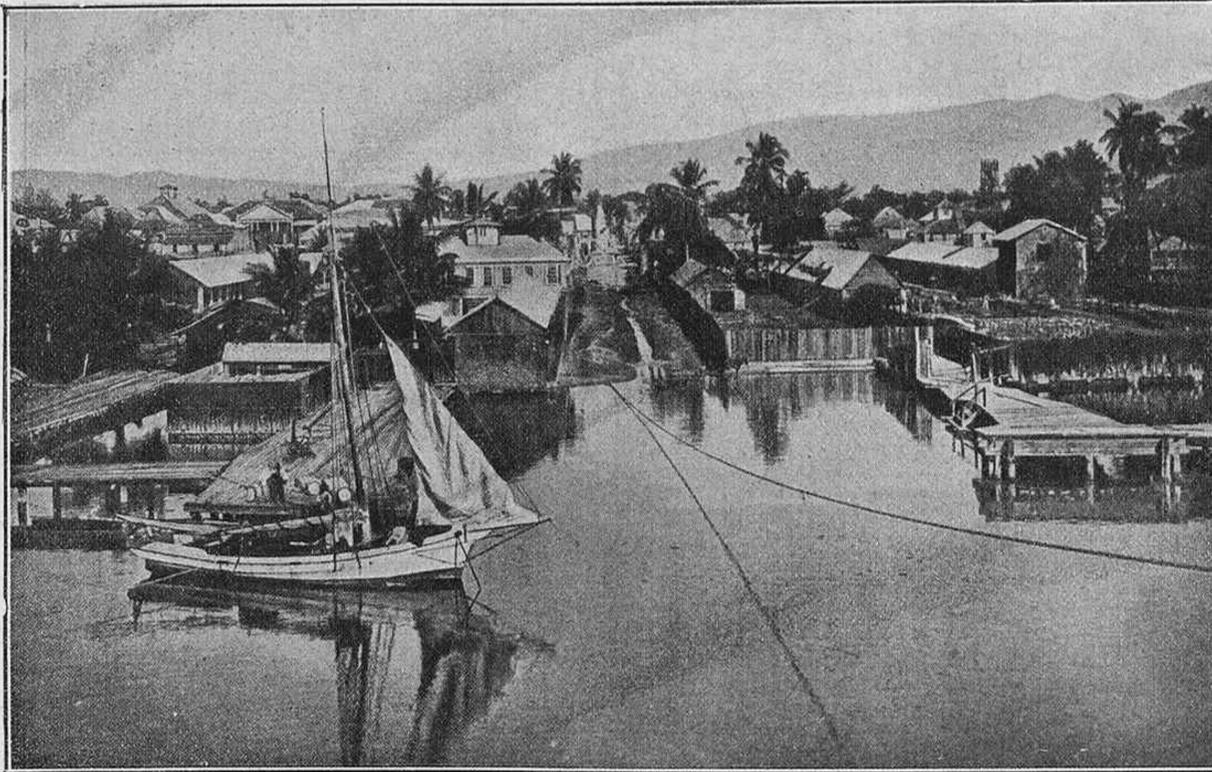
FLORES Y PÁJAROS, cuadro de Fernanda Francés



LA MERIENDA, cuadro de Manuel Ruiz Guerrero

EL TERREMOTO DE KINGSTON (JAMAICA)

En la tarde del 14 de los corrientes, un violento terremoto destruyó una gran parte de la ciudad de Kingston, capital de



KINGSTON (JAMAICA), QUE HA SIDO RECIENTEMENTE DESTRUIDA POR UN TERREMOTO. - VISTA PARCIAL DEL PUERTO.

la isla de Jamaica. A pesar de los días transcurridos, todavía no se conocen con toda exactitud los pormenores del desastre, si bien se sabe ya que sus efectos han sido desastrosos, así por el número de víctimas como por la importancia de los daños materiales que ha producido.

Los movimientos sísmicos fueron tres, el primero de abajo arriba y los otros dos laterales. Un pánico espantoso se apoderó de la población, que huyó aterrada, refugiándose en la región montañosa de las inmediaciones de la ciudad. Pero aún habría sido mayor la catástrofe si un viento furioso y una obscuridad parcial, que precedieron al temblor de tierra, no hubiesen puesto en guardia á muchos habitantes que, por aquellos fenómenos, presintieron la inminencia de un peligro, y se hallaban en las calles cuando ocurrió el terremoto, salvándose así de morir aplastados entre las ruinas.

Un individuo de la numerosísima colonia de turistas ingleses que todos los inviernos acuden á Jamaica atraídos por la benignidad de aquel clima, ha telegrafiado al *Times* algunos pormenores del suceso. Salía del Palacio de Correos y se encaminaba al club, en compañía de un amigo, cuando se sintió el primer movimiento, y en seguida millares de personas se precipitaron tumultuosamente en las calles. Después, prodújose una obscuridad absoluta, que duró cinco minutos, y violentas ráfagas de viento levantaron espesas nubes de polvo y cascote. El espectáculo que á ello siguió fué indescriptible: mujeres que apretaban contra sus pechos á sus hijos dando aterradores gritos; gentes que de rodillas rezaban en alta voz; hombres que corrían enloquecidos de espanto buscando á los suyos; la confusión, la muerte, las lamentaciones por doquier.

Como en el reciente caso de San Francisco de California, después del terremoto se declaró el incendio, que se propagó rápidamente, pues destruidas las conducciones de agua por el temblor de tierra, faltó el elemento esencial para combatirlo; sólo al siguiente día, cuando cambió el viento, pudo ser dominado el fuego, después de haber ocasionado inmensos destrozos.

La mayor parte de los más importantes edificios de Kingston han quedado destruidos; entre ellos, la catedral católica, el Myrtle Bank Hotel y el teatro.

El número de víctimas no se conoce aún con certeza, pero se dice que los muertos son cerca de dos mil y los heridos cedecen con mucho de esta cifra.

La carencia de víveres que se notó en los primeros momentos ha sido remediada gracias á los socorros que de todas partes se enviaron. Los que más pronto acudieron en auxilio de los damnificados fueron los Estados Unidos, cuyo gobierno dispuso que inmediatamente salieran para Kingston los cruceros *Missouri*, *Yankton* é *Indiana*, al mando del almirante Davis, con abundantes provisiones. Por cierto que la presencia de esos buques ha dado lugar á un incidente desagradable entre el gobernador de la colonia y el almirante yanqui, á consecuencia del cual este último se ha retirado con sus barcos á Guantánamo, molestado por la conducta del primero, que, según parece, ha merecido las censuras del Consejo Municipal, del Comité de auxilios y del jefe de las tropas inglesas de Jamaica.

La isla de Jamaica, una de las cuatro Antillas, la tercera en superficie y la mayor de las Antillas inglesas, fué descubierta por Cristóbal Colón en 3 de mayo de 1494, recibiendo el nombre de Santiago. Colonizóronla en 1509 los españoles, que la conservaron hasta 1655, en que fuerzas inglesas enviadas por Cromwell se apoderaron de ella. En la actualidad es una de las principales colonias inglesas y su población es de unos 300.000 habitantes aproximadamente.

La ciudad de Kingston fué fundada en 1693, después que un terremoto hubo destruído Port Royal, y desde 1869 es capital de la colonia. - X.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

Estatua yacente en mármol, obra del distinguido escultor don Venancio Vallmitjana. - A la galantería de nuestro reputado

gel Guimerá, música del maestro Morera y decorado de Vilumara, Moragas, Alarma y Junyent, y en el Eldorado *Los tres anabaptistas*, comedia en tres actos arreglada del francés por Enrique Mauvars. En Novedades sigue obteniendo grandes triunfos la compañía dramática siciliana, que ha estrenado *La lupa*, drama en dos actos de Verga; *Nica*, drama en tres actos de Maroglio; *La figlia di Jorio*, tragedia pastoril en tres actos de d'Annunzio; *Il diritto di vivere*, drama en tres actos de Bracco; *Pietra fra pietre*, drama en cuatro actos de Suddermann; *Buona genti*, drama en dos actos de Capuana; *Il Garoffano*, drama en un acto de Ojetti; *Ultimi barbari*, tragedia en dos actos de Oriani; y *Mafusi*, drama en tres actos de Rizzotto, habiendo logrado entusiastas ovaciones en el desempeño de estas obras la Sra. Aguglia Ferrau y el Sr. Grasso, y grandes aplausos los demás actores, especialmente los Sres. Majorana y Musco. Además ha representado *La morte civile*, de la que el Sr. Grasso hace una creación y que ha valido á tan eminente actor uno de los más grandes éxitos que se han presenciado en Barcelona.

Neurología. - Han fallecido:

Fernando Brunetiere, notable literato francés, director de la *Revue des Deux Mondes*, miembro de la Academia Francesa y autor de varias é importantes obras sobre historia de la literatura francesa.

Guillermo Bernatzik, pintor austriaco.



UNA CALLE DE KINGSTON. (De fotografías.)

amigo el distinguido escultor D. Venancio Vallmitjana debemos la ocasión de poder dar á conocer una de sus últimas y notables producciones, cual lo es la hermosa estatua yacente que reproducimos, destinada al panteón de D. Rafael Garreta, de Figueras, obra digna de encomio que demuestra que todavía, por fortuna, conserva nuestro amigo todas sus energías y que su ánimo no decae, dando constantes y repetidas pruebas de su maestría y de ese temperamento que con justicia admirarán los que tienen la satisfacción de haber recibido sus provechosas enseñanzas.

La mina, escultura de Constantino Meunier. - Entre los escultores de nuestros tiempos, nadie como el artista belga Constantino Meunier, fallecido hace poco más de un año, ha poetizado tan hermosamente el trabajo del hombre; nadie como él ha expresado en formas más vigorosas y emocionantes la ruda existencia del obrero. Sus obras están inspiradas en altas concepciones y ejecutadas con una bravura, con un realismo que producen emoción intensa. Sirva de ejemplo de ello *La mina*, composición grandiosa, llena de vida y de movimiento, de una potencia y de una verdad imponderables.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. - BARCELONA. - *Salón París.* - Han expuesto recientemente: la Srta. D.^a Josefa Teixidó una colección de acuarelas con flores admirablemente pintadas; el señor Vila Prades tres bellos lienzos que representan escenas de pescadores de Bretaña, y los Sres. Ferrer y Pallejá y Montserrat dos buenos retratos cada uno.

Salón Esteve, Figueras y sucesores de Hoyos. - Se han celebrado dos exposiciones parciales, una de obras del Sr. Matilla, de excelente colorido y delicadamente pintadas; y otra de cuadros del Sr. Meifrén de diversos géneros, unos de brillante color y otros llenos de poesía.

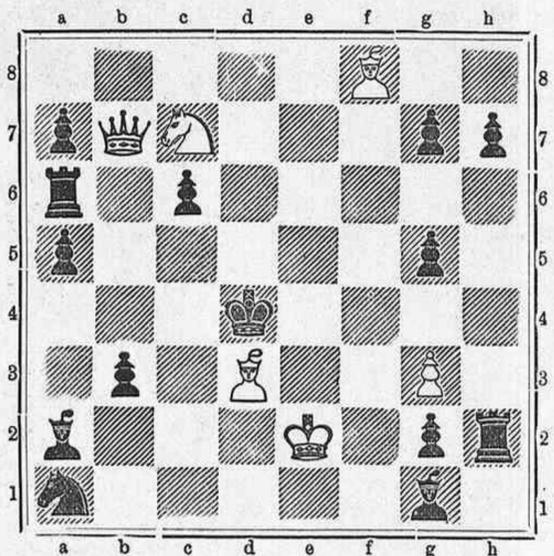
Espectáculos. - PARÍS. - Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *L'anglais tel qu'on le parle*, comedia en un acto de Tristan Bernard; y en el teatro Antoine *Le Bluff*, comedia en tres actos de Jorge Thurner, y *La petite dame du second*, comedia en un acto y cuatro cuadros de Andrés Mycho y Vicente Hyspa.

BARCELONA. - Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La Santa Espina*, comedia lírica de magia, letra de An-

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 450, POR V. MARÍN.

NEGRAS (14 PIEZAS)



BLANCAS (6 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 449, POR V. MARÍN.

- | | |
|----------------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. D a 5 - b 5 | 1. C b 1 x c 3 |
| 2. e 2 - e 3 jaque | 2. R d 4 - c 4 |
| 3. C f 1 - d 2 mate. | |

- | | |
|----------------------|----------------|
| 1. | Ag 2 x f 1 |
| 2. D b 5 - b 4 jaque | 2. R d 4 - e 3 |
| 3. C c 3 - d 1 mate. | |

VARIANTES

- | | |
|----------------------|----------------------------|
| 1. R d 4 x c 3; | 2. T e 1 - c 1 jaque, etc. |
| Ag 2 - e 4; | 2. D b 5 - b 4 jaque, etc. |
| Otra jug.º; | 2. e 2 - e 3 jaque, etc. |

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fín. VIOLET, 29, Boulevard des Capucines, París.



¿No quieres casarte con él?

EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX, coronada por la Academia Francesa

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ

(CONTINUACIÓN)

—¿No hay dulce?

—No, dijo la señora de la casa algo sorprendida de la pregunta.

—¡Qué fastidio!

La señora Dulaurens, extrañada de la insistencia, se excusó diciendo:

—Como usted no nos ha avisado... No sabíamos que nos iba usted á honrar con su compañía...

—¡Oh! Sí, sí..., replicó la italiana sin desconcertarse en lo más mínimo. No lo digo por mí... Es que Pistacho no se da cuenta; y como está acostumbrado á comer cada día tres platos y dulce, lo va á extrañar. Creerá que le castigo, y hoy no se lo tiene merecido.

La señora Dulaurens, algo nerviosa, mandó que batiesen en seguida una clara de huevo con azúcar para ofrecérsela al ídolo. Al levantarse de la mesa, el perrito se quedó retenido por su glotonería á pesar de las llamadas y quejas de su dueña. Pronto tuvo que arrepentirse de ello: el criado lo advirtió, y después de mirar con rápida ojeada la puerta que se cerraba tras de los señores, de una puntera le hizo rodar hasta un rincón del comedor. Pistacho dejó oír un sordo gruñido. Pero no se extrañó; conocía de la vida las sensaciones extremas; y pasaba filosóficamente de los mimos á los golpes, del salón á la cocina.

En seguida después de almorzar, el Sr. Dulaurens, tomando un aspecto de hombre ocupado é importante, que daba á su cara plácida un ligero matiz cómico, saludó á las señoras y pasó á su despacho, en donde le esperaba uno de sus arrendatarios. Se trataba de arreglar unas cuentas atrasadas. El campesino pidió naturalmente una rebaja. La mano de obra estaba muy cara, había poco dinero y las cosechas habían sido malas.

—¡Malas!, exclamó el Sr. Dulaurens con la dureza aparente con que trataba á sus arrendatarios y provisionistas, que le elevaba ante sus propios ojos de la

debilidad demostrada ante su aristocrática mujer. ¡Malas! ¿Y todo el vino del año pasado? ¿Qué habéis hecho de todo el vino? ¡Si teníais la mar de toneles! ¿No lo habéis vendido?

—¡Oh! ¡El vino! Se tenía que vender á un precio irrisorio. Era una deshonra. Hemos preferido bebérselo. Nos lo hemos bebido todo.

El Sr. Dulaurens, olvidándose por sus intereses de sus gustos pacíficos iba á entregarse á la cólera, cuando su mirada cayó sobre un libro que dormía en su mesa entre una novela y un tratado de heráldica. Era el manual de Nicole *Medios de conservar la paz con los hombres*. Lo había comprado por el título, y se contentaba con sólo

leer el título, que tanto armonizaba con su tranquilidad congénita. Encontrando la calma, despidió al campesino con una serie de buenos consejos y sin concederle nada.

—Los propietarios son dignos de lástima... No saben que hacer... Mi amigo el Sr. Mestrallet apenas puede salir adelante.

Mestrallet era un viejo avaro de las cercanías que se pasaba las horas lamentándose de los malos tiempos y de las dificultades que tenía que vencer para conseguir sus propósitos. Pero no decía que uno de sus propósitos consistía en ahorrar veinte mil francos al año.

Al propio tiempo que el arrendatario salía, quejándose interiormente de no haber conseguido nada con aquella entrevista, Alicia entraba en el despacho. Traía una taza de café preparada á gusto de su padre. Contaba con la acción favorable de la aromática bebida, recibida con sonrisa beatífica. Mientras su padre bebía, deleitándose, á pequeños sorbos, ella se sentaba, se ponía de pie y no sabía estarse quieta. Confusa, miedosa y temblando pronunció las palabras siguientes:

—Papá, hoy mismo va usted á tener una visita.

—Bueno, chiquilla. Tu madre está en el salón. ¿Y de quién?

—Pues... de la señora Guibert, contestó con voz tan velada por la emoción que hubiese bastado para revelar su secreto si el Sr. Dulaurens no hubiese abdicado desde tiempo atrás sus privilegios de cabeza de familia y descuidado el conocimiento de sus propios hijos.

—¿La señora Guibert? Yo creí que no visitaba á nadie desde que enviudó. Es un honor que apreciaremos en lo que vale.

Irguiendo su corta estatura para formular su apreciación con aire de gran superioridad, añadió:

—Ella no tiene mucho mundo, pero es una bue-

na mujer, y sus hijos han triunfado ruidosamente.

Alicia encontró este elogio insuficiente y murmuró: —Su marido me salvó la vida, papá. ¿Se acuerda de mi fiebre tifoidea?

—Sí, sí.

También se acordaba de que no habían pedido la cuenta de la asistencia facultativa, y no quería insistir sobre el asunto. ¿Acaso la señora Guibert vendría á reclamar los honorarios ya prescritos? Pero ¡quia!; no se atrevería, y ahora menos que nunca, puesto que sus hijos eran recibidos familiarmente en la Chénaie y no querría destruir tan buenas relaciones por una cuenta atrasada. ¿Entonces á qué sería debida esta visita anunciada por Alicia?

—¿Te han avisado á ti?, preguntó.

—Sí, papá.

Y añadió en voz muy baja:

—La señora Guibert viene á causa mía.

El Sr. Dulaurens, que iba con pasos cortos de un extremo á otro de su despacho para ayudar á la digestión—aquella habitación, con sus librerías siempre cerradas, le servía especialmente para aquel pequeño ejercicio higiénico,—se paró de repente y comprendió por fin que en su casa pasaba algo anormal.

—¿A causa tuya?, repitió con inquietud.

Con la brusca rapidez de los indecisos, la joven quemó sus navas.

—Papá, ¿no quiere usted verme dichosa?

—¡Pues claro que sí! ¡En absoluto!

Y empezaba á vislumbrar toda clase de dificultades, capaces de complicar su vida apacible del porvenir y su digestión presente. Sin embargo, quería á su linda Alicia, cuya dulzura armonizaba con su carácter, y la hubiese adorado y mimado con alegría y hasta con debilidad, si no le hubiese retenido el miedo á su mujer y el deseo de imitar, lejos de su presencia, sus gestos y procedimientos autoritarios. Preocupado por tantos sentimientos cuya complejidad le asustaba y daba cierta dureza á su rostro benigno, provocó una explicación.

—Me hablas de la señora Guibert y de tu felicidad. ¿Qué significa esto?

Alicia no dudó más; su misma turbación le impedía adivinar los pensamientos de su padre.

—Viene á pedir mi mano para su hijo.

—¿Para el capitán?

—Sí.

Después, muy en voz baja, añadió:

—Papá, por favor, debe usted convencer á mamá para que diga que sí.

Y este débil deseo que encerraban sus palabras contenía toda la fuerza de su amor.

El Sr. Dulaurens se habría enternecido sin aquella frase final. Se apoderaba de las cosas por los detalles, y las últimas palabras retenían siempre mejor su atención.

—¡Convencer á tu madre! ¡Y dale con tu madre!, dijo con acritud reanudando sus paseos.

Se aseguró de que la puerta estaba bien cerrada, aplicó algo el oído, y ya tranquilizado exclamó audazmente:

—¡Tu madre! ¿No sabes, chiquilla, que mi consentimiento tiene más importancia que el suyo? La ley lo proclama. Y la ley es justa. Es preciso que en la casa haya una sola autoridad, y esta autoridad pertenece al padre de familia. ¡Paterfamilias!

Y echó una ojeada rápida al espejo para ver su aire imponente. Parecía haber olvidado el grave asunto de aquella conversación, que la tímida Alicia temía recordarle. ¿Debía volver á pronunciar el nombre de Marcelo Guibert, aquel nombre que le quemaba los labios? Su padre, volviendo á la realidad, le ahorró aquel acto de valor; repitió palabra tras palabra una frase de su esposa:

—Ese joven es un héroe. Su heroísmo lo eleva hasta nosotros.

De este modo justificaba su mujer que se pudiese recibir á Marcelo Guibert, sin temor alguno, en un salón tan distinguido como el de la Chênaie.

Deseoso de no comprometerse, se apresuró á poner algunas objeciones.

—Pero, chiquilla, tú seguramente querrás vivir tranquila. Y para ello no debes tomar por marido á uno que se dedica á explorar y conquistar el mundo. Tu carácter es apacible y tranquilo. ¿Sabes si el capitán piensa quedarse en Chambéry?

—Papá, dijo la joven acordándose de las lecciones de energía que le había dado Paula, la mujer debe ayudar al marido y no servir de obstáculo á su carrera.

—¿Su carrera? Pues bueno, la seguiré cerca de nosotros. Chambéry es una guarnición muy codiciada. Permutará con otro; la cosa será fácil, dadas nuestras relaciones en el ministerio de la guerra. Y si hace falta pedirá el retiro. Lo peor es que no tiene fortuna alguna.

Alicia permanecía callada, y al acercársele su padre vió sus lágrimas silenciosas. Emocionóse éste y dejó ver el fondo verdadero de su naturaleza, que el *snobismo* y la subordinación habían alterado. Con su mano acarició dulcemente la cara de su hija.

—No llores, hijita. Ya sabes que sólo deseo verte dichosa.

Pero al abrirse la puerta y entrar en el despacho la señora Dulaurens, libre por fin de la señora Orlandi, é inquieta por no saber dónde se encontraba Alicia, desaparecieron todos sus alardes de energía, cual escapan los pájaros á la vista del cazador. No supo encontrar el airecillo imponente que adornaba su rostro pocos momentos antes, y su enternecimiento filial se disipó. Instintivamente tomó el aspecto humilde propio de un empleado ante el jefe de la oficina. Desprovisto de toda autoridad conyugal, y teniendo sólo valor para evitarse el espectáculo de una escena de familia, se escapó diciendo:

—Querida, ahí te dejo con tu hija. Desea casarse y participarte sus deseos.

Y dirigiéndose á Alicia, añadió:

—Ahí tienes á tu madre. Explicáte con ella. Lo que ella haga estará bien hecho.

Y se eclipsó, preocupado ante todo de conservar la paz con todo el mundo.

La señora Dulaurens no contestó á su marido, de quien tenía celos por primera vez en su vida. ¿Pues no acababa de recibir las confidencias de Alicia? Ella amaba á su hija con amor exclusivo y absorbente, y á fuerza de continuas usurpaciones de su maternidad excesiva, había ido reduciendo poco á poco, sin darse cuenta de ello, la personalidad de aquella alma delicada, indolente por naturaleza propia y demasiado fácil á la sumisión y docilidad. Disfrutaba como propietaria de la belleza de su hija y de toda su juventud, meciéndola cual si se tratase de la frágil existencia de un recién nacido. ¿Era, por lo tanto, posible que un corazón joven y lleno de ternura desconociera y dejara de conmoverse ante aquel continuo interés? Alicia se esforzaba en obedecer y complacer á su madre, cuya atención sentía siempre puesta sobre ella; pero tanta vigilancia cariñosa la paralizaba.

Apenas la puerta se cerró tras de su marido, la señora Dulaurens, vencida la penosa impresión y en guardia contra un peligro que adivinaba, se acercó á su hija y abrazándola sentóse junto á ella.

—¡Condesita de Marthenay!, le dijo al oído.

Pero la joven seguía callada y sus lágrimas seguían corriendo.

—Quieres casarte con él, ¿verdad? ¿Se lo has dicho á tu padre? No podías resolver cosa que más me gustase. Nunca nos separaremos. Tengo la promesa formal de Armando.

No queriendo dudar aún de la realización de sus proyectos, siguió diciendo:

—Al ascender se quedará; y si no es posible pedirá el retiro. Vuestra fortuna os permitirá vivir en el ocio, y ya tendréis bastantes ocupaciones con las que os imponga la sociedad.

El llanto y el silencio persistente de Alicia le hicieron ver por fin el peligro que tanto temía.

—¿Es que me he equivocado, hija mía? ¿No quieres casarte con él? ¿No ha sabido hacerse querer?

Sí, esto era. Alicia hizo señas afirmativas con la cabeza, y la señora Dulaurens se convenció de que su hija había entregado su corazón á Marcelo Guibert. Tuvo bastante fuerza de voluntad para disimular su despecho, y en seguida trató de ver por qué medios evitaría un suceso que consideraba, sin dudas ni reflexiones, como una verdadera catástrofe, dejándose guiar por prejuicios y opiniones, y sobre todo por su pasión maternal, cuyo egoísmo era incapaz de todo sacrificio. Así es que empezó diciendo:

—¿Aún no quieres casarte? ¿Deseas continuar á mi lado y no dejarme? Sin embargo, yo deseo ante todo asegurar tu felicidad, y sufriré el disgusto de no tenerte á mi lado y de separarme de ti con tal de saber que eres feliz, y mientras pueda asegurarme cada día y con mis propios ojos de que mi chiquilla está contenta. ¿No me contestas? ¿No es tampoco por esto por lo que lloras? ¿Acaso has llegado á desconfiar de mí hasta el extremo de alimentar un amor sin consultármelo?

Estos reproches, que aumentaron la emoción de Alicia, se le habían escapado involuntariamente. Su clara perspicacia la hizo cambiar, y tomando otra vez la voz cariñosa dijo:

—¿No soy yo tu mejor amiga, tu confidente? ¿Tienes secretos conmigo? Hija mía, no me lo merezco. Si no quieres á Marthenay, si amas á otro, debes darme el tuyo. Y juntas prepararemos tu porvenir.

Una nueva esperanza ensanchó el pecho de la joven y dijo suspirando:

—Sí, mamá.

—¿Quién?, preguntó su madre besándola. ¿Quién me ha robado el corazón de mi niña? Mira, ya tengo mi oído junto á tus labios; dime cómo se llama.

Sabía cómo se llamaba y sin embargo quería oírlo de aquellos labios temblorosos.

Alicia no podía resistir á la dulzura. Se secó los ojos, y entre esas sacudidas de todo el cuerpo que siguen á una crisis de llanto, balbuceó:

—La señora... Guibert... tiene que venir... hoy mismo... Viene á pedir mi mano... para su hijo...

—¿Para el capitán?

—Sí.

—¡Oh, hija mía! ¡Qué disgusto más grande!

Y separándose de su hija, se dejó caer en una butaca, ocultó su cara entre las manos y se quedó inmóvil en una actitud desesperada. Alicia, secándose de nuevo sus ojos, tuvo que consolarla.

—¿Por qué se aflige de este modo, mamá?

La señora Dulaurens alzó lentamente la cabeza y con profunda expresión de tristeza dijo:

—Porque veo que quieres abandonarme. El señor Guibert te llevará lejos de nosotros, á algún rincón de Francia ó tal vez á Argel. ¿Quién sabe si solicitará formar parte de alguna expedición? A esos conquistadores hambrientos de gloria y peligros, el amor no les retiene durante mucho tiempo. ¿Cómo has podido amarle, tú, tan dulce y tímida?

De pie cerca de su madre y con la vista al suelo cual una culpable, Alicia murmuró:

—¡Oh! No sé... Tal vez porque soy débil... y él es fuerte.

Con la cara apoyada en la palma de la mano, la señora Dulaurens siguió hablando sin mirar á su hija, como si buscara por sí misma la explicación:

—Me explico que él haya tenido la idea de casarse contigo. Los Guibert están poco menos que arruinados desde que su padre se erigió en salvador de su hermano el banquero de Annecy. Dicen que no hubo quiebra, que se pagó todo. ¡Pero vaya usted á saber! El suicidio, la ruina..., son cosas nada agradables. Además... ¡hasta la misma campaña de Madagascar! ¡Oh! Ya sé que el capitán se ha portado como un valiente. Esto es indiscutible, y yo he sido la primera en proclamarlo. De lo que podría estarme agradecido..., y en efecto, en vez de ello, sueña en robarme á mi hija. La expedición de Madagascar, en un país malsano, ha sido terrible. Todos nuestros soldados han contraído fiebres. Todos, ¿entiendes? Yo no quisiera que te casases con un hombre enfermo. Es deber mío impedirlo. Yo no deseo más que tu felicidad.

Pero oye: las chiquillas como tú desconocen la vida. Sus corazones vehementes están siempre prontos á admirar el valor, el heroísmo y todo aquello que da reputación, y llegan á confundir su admiración con el amor. ¡Y hay que tener en cuenta, hija mía, que son cosas muy distintas! Con el tiempo te darás cuenta de ello. ¡Y ojalá no sea demasiado tarde!

Y con estas palabras mordaces destruía y reducía á la nada la dicha de Alicia, que se figuraba asegurar. Poco á poco la joven había ido retrocediendo hasta llegar á la ventana, en cuyo hueco, medio oculta, volvió á llorar en silencio, retorciéndose desesperadamente las manos.

Sentada en la butaca, los ojos secos, su madre tomó la ofensiva:

—Yo creí que Marthenay te gustaba. ¿Acaso no tiene todas las seducciones posibles? Un nombre antiguo, buena presencia y rico. Es oficial de caballería y monta divinamente. Baila á la perfección. Yo le había elegido entre todos los jóvenes de nuestra sociedad. Y por último, no tenías que moverte de nuestro lado. Nosotros hubiésemos podido participar de tu dicha. ¿Y tú quieres quitarnos esta participación?

—¡Mamá!, protestó Alicia.

—¡Qué ingratos son los hijos! Yo que te he cuida-

do tanto durante tu infancia tan delicada, y hasta hace poco, durante la fiebre tifoidea, ¿y ahora quieres abandonarme?

Y para disimular el egoísmo de aquella queja, añadió en seguida:

—¡Si por lo menos estuviese segura de que allí está tu felicidad! Pero no poder cuidar de tu salud, estar temiendo continuamente que te encuentres enferma, lejos, en alguna guarnición sin médico; temblar por la paz y tranquilidad de tu hogar que no podré comprobar con mis propios ojos; no estar á tu lado para recibir á tus hijos si Dios te los envía..., ¡qué vida más triste me espera!..

Alicia, emocionada ante la evocación de las caricias y abnegaciones maternas, abrió sus brazos.

—¡Mamá, mamá! ¡Yo no quiero abandonarla!..

La señora Dulaurens corrió hacia ella, y madre é hija se abrazaron llorando.

—No me casaré nunca. Me quedaré á su lado.

Esta semivictoria había sido tan rápida, que la señora Dulaurens la consideró suficiente y no insistió más en sus proyectos ni pronunció el nombre de Armando Marthenay.

—¡Alicia mía, Alicia querida, por fin vuelves á mí!, dijo apretando á su hija contra su corazón. ¡Cuánto te quiero! Tú no sabes cuánto te quiero. Hasta creo que te quiero demasiado. ¡Sólo quiero tu felicidad!

Y estas palabras asomaban naturalmente á sus labios en el preciso momento en que destruía el corazón de su hija.

Alicia, apoyada en el hombro de su madre, vió, por la ventana abierta, una mujer enlutada que por la avenida de plátanos se dirigía hacia la casa. Lentamente y encorvada la señora Guibert venía tranquila á pedir su mano para Marcelo. Al verla, estremeciéndose y se separó de su madre.

«La pobre señora no está prevenida—pensó.—Ya no es posible prevenirla. ¡Dios mío! ¡Pobre mujer!»

La señora Dulaurens, asustada y de nuevo inquieta, se decía:

—¿Qué le pasa? ¿Va á cambiar de nuevo?

Alicia se marchó de la ventana para no ver aquella dolorosa visión que no podía soportar por más tiempo.

—¡Cómo va á sufrir! ¡Yo no quiero que sufra! ¡No, no lo quiero!, decía abandonándose á la desesperación y arrastrándose de mueble en mueble.

La piedad dominaba en ella hasta acallar su amor despedazado. Para retardar la desgracia inevitable suspendida sobre aquella anciana, encorvada bajo el peso de su destino, no advirtió su llegada á su madre, de quien debía partir la fatal negativa. La retuvo á su lado con vanos pretextos. Su padre, sin duda alguna, daría largas al asunto no contestando definitivamente. Como las personas débiles que se contentan con los éxitos más insignificantes, sólo trataba de ahorrar á la señora Guibert una pena demasiado pronta, y no se atrevía á confesar que se consideraba incapaz de evitar aquella pena, que había sido la primera en llorar y por la cual lloraría siempre.

Después de unos minutos de dolorosa expectativa, un criado vino á avisar que la señora Guibert esperaba en el salón.

—Allá voy, dijo.

Y abrazando á su hija, á quien sacrificaba, salió por el corredor. Apenas hubo marchado, Alicia, dejando hablar á su corazón, corrió hacia la puerta, y no pudiendo abrirla con su mano temblorosa, gritó á través del tabique:

—¡Mamá! ¡Le amo! ¡Le amo! ¡Dile que sí, por favor!

Por fin consiguió abrir. Pero en el corredor ya no había nadie. Su madre ya estaba lejos. Había oído perfectamente aquella suprema y desgarradora invocación. Pero la costumbre de tratar á su hija como una chiquilla cuyos pasos hay que dirigir, le impidió concederle importancia. Gravemente, sin escrúpulo, persuadida de que obraba como madre cariñosa y previsora, bajó á recibir á la señora Guibert, y al pisar el umbral del salón, ya llevaba preparada la fórmula fina y amable de su negativa.

Al verse sola, Alicia quedó aterrada, inmóvil, jadeante, sacudida por estremecimientos, pronta á desmayarse. De pronto cogióse la cabeza entre las manos, bajó rápidamente la escalera, y encontrando la puerta del parque abierta, huyó lejos de la casa. Corrió á ocultar su dolor á la sombra de las encinas, en el mismo sitio donde había oído de los labios de Paula la confesión de amor de Marcelo. Sentóse sobre las hojas secas, y tuvo deseos de echarse sobre aquel blando suelo y allí quedarse sin movimiento, como una cosa inerte y abandonada.

Era aquel el retiro misterioso en donde su tierno corazón se había dado cuenta de su juventud, en donde sus ojos habían visto por vez primera la belleza y el encanto de la naturaleza, en donde su alma había comprendido improvisamente la alegría de vi-

vir. Desde aquel momento era para ella como el santuario único de su tierna vida, hoy apagada para siempre; y sin valor para luchar, pensó en morir.

Nunca supo el tiempo que pasó en el bosque. Lloró todas las lágrimas de su cuerpo. Prometió ser fiel al recuerdo de su prometido y no ser de nadie ya que no podía ser suya. Pero no se dió cuenta de que esta misma promesa llevaba consigo una renuncia: de aquel modo ella misma se juzgaba incapaz del amor activo que lucha y triunfa.

VII

LA PETICIÓN

DE MATRIMONIO

Con su andar lento y perezoso la señora Guibert seguía la avenida de plátanos. Se había puesto para aquella visita oficial su vestido de luto más nuevo, y Paula había arreglado con especial cuidado su capota y los pliegues de su manto.

—Está usted muy guapa, le habían dicho sus hijos al subir al coche ante la escalinata del Maupas.

Marcelo, á pesar de sus protestas, había alquilado una elegante victoria en vez del viejo carretón de Trelaz.

Meneando la cabeza y sonriendo á sus hijos con ternura infinita, había partido llena de confianza, cual mensajera de paz y felicidad. Encontró el camino muy corto y que el coche iba muy de prisa. Se bajó delante la verja de la Chénaie para que no viesen el inusitado lujo de su carruaje, que le causaba una molestia semejante á la que engendra la mentira en las almas leales.

—Puede usted marcharse, dijo al cochero; regresaré andando.

Apoyándose en su negra sombrilla seguía la gran avenida en sombra. Su corazón latía con fuerza. A pesar de su gran energía para la vida, era tímida, y ante la sociedad mostrábase cohibida. La consideraba vana y frívola, pero le daba miedo. Su rectitud y probidad nativas no podían comprender aquellas fórmulas tan finas y aquellas frases tan amables que disimulan hábilmente el fondo egoísta ó mal intencionado del pensamiento ó tal vez su vaciedad, como se oculta una tumba bajo las flores. Además se creía más torpe en sociedad de lo que realmente era, y esta exageración aumentaba su inquietud, no por ella, sino por su hijo y por su felicidad.

Sin embargo, ¿no sabía de antemano el resultado de su gestión? ¿Podían dudar en aceptar con alegría la petición de su Marcelo, cuya vida entera proclamaba su valor? Estaba orgullosa de su hijo: el amor maternal no le cegaba cuando reconocía y admiraba su seducción física, procedente de su alta estatura, esbelta y altiva como un árbol joven, de la manera dominadora como llevaba la cabeza, de su rostro de rasgos hermosos acentuados y enérgicos, y sobre todo de sus ojos, que producían calor ó frío, según mirasen con dureza ó dulzura, de sus ojos verdes, no muy grandes, pero llenos de luz y extraordinariamente expresivos. La pobre madre se figuraba que todas las mujeres leían en el rostro de su Marcelo todo lo que ella sabía de él: la energía que soportaba con dignidad, casi con desdén, las amarguras de la vida; la bondad generosa y activa; la viveza autoritaria de su voz y de sus gestos, que revelaban un corazón ardiente, una gran inteligencia y el templado carácter de un jefe. No pertenecía, no, á esa raza de buenos mozos insípidos y sosos que recubren con un mismo barniz mundano y una idéntica corrección almas secas, egoístas y áridas. La que aceptase ser su compañera, amar, sufrir y luchar con él, no llevaría una existencia borrosa y vana; él ensancharía la vida de su corazón y de su cerebro; haría brotar todas las fuentes de su sensibilidad y la eflorescencia completa que constituye la belleza de la existencia humana. Además, ¿no le había dicho su hija que su visita estaba anunciada y su petición admitida?

Y con estas reflexiones, tranquila y tímida, iba hacia la villa de los Dulaurens. La gravedad de las circunstancias aumentaba la opresión que siempre sentía al andar. Respetaba la elección hecha por Marcelo, si bien no correspondía del todo con sus deseos,

pero decidida á inclinarse ante la voluntad de su hijo y á contribuir con todas sus fuerzas á su porvenir, iba pensando que dentro de algunos momentos contaría con una hija más en su casa y en su cariño, y ya sentíase pronta á quererla.

Antes de llamar á la puerta, se detuvo un momento para calmar las palpitaciones de su corazón y tomar aliento. No alzó los ojos hacia la ventana en

cuarto; tal vez la señora esté con la señorita en el despacho del señor.

—Sí, sí, de seguro. Vaya usted á avisarla.

Y volviéndose hacia la señora Guibert, repitió con inquietud para poder ganar tiempo:

—Lo siento, siento mucho que mi esposa se haga esperar. Pero ya ve usted; la están buscando, han ido á avisarla. No puede tardar; yo siento en el alma que se haga esperar...

—El objeto de mi visita le interesa á usted tanto como á su esposa, dijo la señora Guibert, que penetrada de su misión miraba el suelo y no se detenía á observar los movimientos de su interlocutor.

Aterrado, el Sr. Dulaurens, que acababa de sentarse, se puso de pie. ¿Es que decididamente iba á encontrarse solo para responder á una petición tan embarazosa? ¿Le dejarían á él solo recibir el primer choque? No, era imposible; era preciso que su mujer se encontrase presente.

—Le advierto á usted que mi esposa va á venir en seguida. Espere usted un momento, señora, se lo suplico. Mi mujer sentiría en el alma no estar presente. Y además se entenderá usted mejor con ella. Sí, sí, indudablemente, indudablemente...

Y multiplicando los adverbios, llamó de nuevo, y no pudiendo aguantar más, corrió á la puerta.

—¡Usted dispense!

Al asomarse el Sr. Dulaurens al corredor, la señora Guibert alzó por fin la vista y sorprendió aquella actitud lastimosa y llena de ansiedad. Un hombre

apocado es más digno de compasión que un hombre nulo. Tuvo vergüenza por él y pensó: «En efecto, es mejor que espere á su esposa. Todo lo que hablásemos con este pobre hombre no serviría de nada.»

Y un oscuro presentimiento empezó á hacerle perder su confianza.

Comparó á aquel pobre hombre con su marido, que en ninguna circunstancia de la vida perdió su sangre fría, su evidencia, su resolución, y que en seguida atraía los corazones y tranquilizaba los espíritus.

—¡Qué diferencia!, exclamó mentalmente llena de lástima, porque no era capaz del desprecio.

No pensaba en que ella misma había sabido hacer de sus hijos hombres valerosos ante la vida.

Mientras Dulaurens se informaba con insistencia de su salud, ella contemplaba con ternura un retrato de Alicia de cuando era niña.

—No ha cambiado casi nada, pensaba. ¡Querida Alicia, tan bonita, tan dulce, cuánto la querremos! Es débil y delicada, pero ya se irá robusteciendo. La rodearemos de cuidados y cariños. De esta flor de estufa haremos una hermosa flor silvestre... Y tal vez gracias á ella consiga retenerle cerca de mí. Ya voy siendo muy vieja y esas separaciones cada vez son para mí más crueles.

A ella misma se confesaba su debilidad de mujer.

Por fin entró corriendo la señora Dulaurens. Volaba á socorrer á su marido. Temiendo que hubiese comprometido la situación con alguna palabra imprudente, había bajado la escalera corriendo. No la tranquilizaba suficientemente el rigor de su reinado, cuyo despotismo apenas sospechaba.

Prodigando frases lisonjeras, se excusó de su retraso. La señora Guibert, al verla, perdió casi toda su escasa seguridad. ¿Qué cosa favorable podía esperarse de aquella mujer aún hermosa y elegante, de voz demasiado gruesa con inflexiones duras y tono de protección, y cuya afectadísima cortesía apenas disimulaba el orgullo y la sequedad de alma? Se dió cuenta inmediatamente de la semejanza de pensamientos acerca de la vida y de sus cosas, sobre todo de sus cosas más graves. Un abismo les separaba, que sólo la juventud y el amor, en su locura, habían podido soñar en colmar. Tuvo la impresión de que todo lo que en su corazón pesaba iba á parecer ligero y vano, y que la abnegación, el valor, la energía y el trabajo—verdadera nobleza humana—serían puestos en parangón con las preocupaciones mundanas, de las que prescindían en el Maupas, y cuya realidad inquietante descubría bruscamente en aquel salón. Viendo su pobreza y su vejez, imploró la ayuda de Dios.

(Se continuará.)



Traía una taza de café preparada á gusto de su padre

donde lloraba Alicia, desde donde ésta la había visto llegar y la miraba afligida y desconsolada.

Fué recibida en el salón por el Sr. Dulaurens y en ello vió un feliz presagio. Aquel pobre señor insignificante no conseguía impresionarla y le daría tiempo de recobrarle. Después de algunos cumplimientos que él trataba de alargar, ella expuso, incapaz de disimular durante largo tiempo, el objeto de su visita.

—Ya habrá usted adivinado el motivo de mi venida á la Chénaie.

Y al decirlo sonreía dulcemente con su fresca sonrisa, único resto de su pasada juventud, reflejando su alma, que se había conservado pura y sin malicia.

—Pues no, señora, lo ignoro en absoluto. Pero crea usted que cualquiera que sea el motivo agradecemos muchísimo la honra que usted nos hace. Siento en el alma que mi esposa no esté aún ahí.

El pobre hombre, temiendo asumir alguna responsabilidad, no podía estarse quieto en su asiento. Tiró violentamente del cordón de la campanilla. Se presentó la camarera.

—¿Ha avisado usted á la señora?

—La estoy buscando. La señora no está en su

BARCELONA.— MEETING CONTRA EL PROYECTO DE LEY SOBRE ASOCIACIONES

Los elementos católicos catalanes, queriendo protestar contra el proyecto de ley sobre asociaciones pendiente de discusión en el Congreso de los Diputados, organizaron el meeting que se celebró en la mañana del día 20 en la nueva plaza de toros, ó Arenas de Barcelona.

Para tomar parte en el mismo había llegado de Madrid, en el expreso de dicho día, el diputado á Cortes Sr. Vázquez de Mella, á quien habían ido á esperar á la estación de San Vicente los Sres. Sivatte, Junyent y algunos otros. En el andén del apeadero se hallaban los señores señores duque de Solferino y marqués de Camps, el diputado á Cortes Sr. Albó, los individuos de la comisión organizadora del meeting y muchas otras personas.

En el Paseo de Gracia, en las inmediaciones del apeadero, hallábase

una compacta muchedumbre que no bajaría de seis mil almas y entre la cual se veían numerosas banderas de varias sociedades.

La aparición del Sr. Mella y de las personas que lo acompañaban fué saludada con nutridísimos aplau-

sos, mientras las personas que llenaban los balcones agitaban los pañuelos.

Desde allí se dirigieron el Sr. Mella y sus acompa-

un aspecto imponente; todas las localidades estaban ocupadas, y entre los concurrentes, que seguramente pasaban de 15.000 reinaba el mayor entusiasmo. En

el redondel, delante de la tribuna presidencial, situáronse las sociedades con sus estandartes y tres bandas de música.

Cuando apareció la comisión organizadora, con el señor Mella, estalló una ensordecedora salva de aplausos, mientras las músicas batían marcha y millares de espectadores agitaban los pañuelos. Ocupó el Sr. Mella la presidencia y sentáronse á su derecha los señores Triás (D. Juan de Dios) y marqués de Camps, y á su izquierda los señores Estanyol y Albó (D. Francisco.)

Explicó el señor Triás el objeto del meeting, que no era otro que manifestar, en cumplimiento de las disposiciones del Papa, la voluntad de que imperen en to-

das partes la fe y el nombre de Dios; saludó á los oradores que en el mismo habían de usar de la palabra, á los concurrentes y á los adheridos, y después de algunas consideraciones sobre la familia, el municipio, la región y el Estado, terminó afirmando que por la



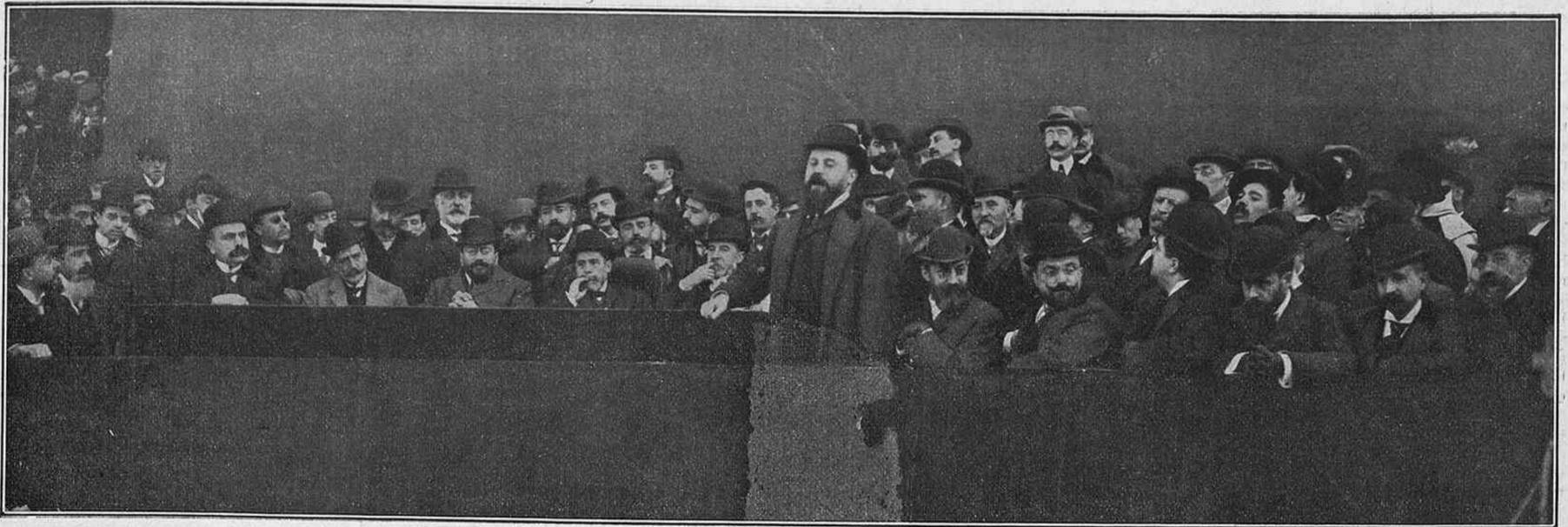
LLEGADA DEL DIPUTADO SR. VÁZQUEZ DE MELLA PARA ASISTIR AL MEETING. ASPECTO DEL APEADERO DEL PASEO DE GRACIA. (De fotografía de A. Merletti.)

ñantes, en coche, á la iglesia de Montesión, en donde oyeron misa, marchando luego á casa del duque de Solferino y poco después á las Arenas.

Desde antes de las diez comenzó el público á llenar la espaciosa plaza que, al comenzar el meeting, ofrecía



VISTA DE LAS ARENAS DE BARCELONA EN EL MOMENTO EN QUE PRONUNCIABA SU DISCURSO EL SR. VÁZQUEZ DE MELLA. DELANTE DE LA TRIBUNA, SE VEN LAS BANDERAS Y LOS ESTANDARTES DE LAS SOCIEDADES. (De fotografía de A. Merletti.)



LA TRIBUNA PRESIDENCIAL. EL SR. ALBÓ PRONUNCIANDO SU DISCURSO. (De fotografía de A. Merletti.)

religión se sostiene principalmente la unidad de la patria.

A continuación, el Sr. Parellada y Faura, secretario de la comisión organizadora, dió cuenta de las adhesiones recibidas, que eran: 91 de ayuntamientos, juzgados y personalidades; 101 de periódicos y 777 de sociedades, que representan un total de más de 800.000 ciudadanos españoles.

Posteriormente se recibieron otras 70 de ayuntamientos y 200 de sociedades.

Después de la lectura de un entusiasta telegrama de adhesión del cardenal Sancha, pronunciaron elocuentes discursos los Sres. Albó, marqués de Camps, Estanyol y Vázquez de Mella. La síntesis de todas esas oraciones, las notas en todos ellos dominantes

fueron un himno entusiasta á la fe y á las glorias de la religión asociadas á las de la patria; una protesta vigorosa contra las persecuciones y los atentados contra los derechos de la Iglesia, de los que es manifestación la proyectada ley de asociaciones, y la proclamación de la necesidad de que todos los católicos se unan y emprendan una campaña activa, incesante y enérgica de propaganda y defensa de la verdad religiosa.

Todos los oradores fueron calurosamente aplaudidos, en especial el Sr. Mella, los principales párrafos de cuyo discurso produjeron delirantes explosiones de entusiasmo.

Terminados los discursos, el Sr. Pareja leyó las conclusiones y los telegramas que, como expresión

de las mismas, se acordó enviar al Nuncio de Su Santidad en Madrid, al presidente del Consejo de Ministros y al presidente del Congreso de los Diputados.

Durante el meeting reinó en la plaza el mayor orden. A la salida, los manifestantes fueron objeto de incalificables atropellos que no se explican en una ciudad culta y de los cuales resultaron varios heridos, algunos de ellos graves y todos individuos de los que al meeting habían asistido. Barcelona entera ha protestado indignada contra esos actos, que parecen imposibles en una época en que el respeto y la tolerancia constituyen la mejor garantía de los derechos de todos y de cada uno y la verdadera expresión del espíritu liberal.—S.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
 y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
 MEDALLAS ORO y PLATA.
 PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

HIGIENE de las SEÑORAS
 DILUIDO EN AGUA EL
CRYSTOL

Es el remedio soberano de las afecciones uterinas de todo género. Cura en breve las *floras blancas*, las *metritis* y en general todas las *dolencias de las vías uterinas*. Su uso diario no ofrece peligro para los tejidos á los que asegura frescura, tonicidad y firmeza incomparables. Su delicado perfume lo hace agradable para el tocador íntimo de las damas.

PARIS, 8, Rue Vivienne, y en todas las Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
 Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

VINO AROUD

CARNE-QUINA
 el mas reconstituyente soberano en los casos de:
 Enfermedades del Estómago y de los Intestinos,
 Convalecencias, Continuación de Partos,
 Movimientos febriles é Influenza.
 Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR
 Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
 Sucesor de
 BOYVEAU-LAFFECTEUR.
 Calle Richelieu, 102, Paris y todas farmacias.

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

Dentición
JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXIJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
 Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

PARÍS

LAS MUJERES COCHERAS

Decididamente el feminismo hace cada día nuevos progresos, y no contento con haber conquistado posiciones en distintas carreras, se atreve ya á disputar á los hombres el ejercicio de aquellas profesiones que hasta ahora parecían privativas del sexo fec. En efecto, en París varias mujeres han solicitado autorización para ser cocheras y han sufrido los correspondientes exámenes, uno teórico y otro práctico; y si bien hasta ahora ninguna ha sido aprobada en los dos, las aspirantes no desisten de su propósito y se disponen á someterse de nuevo á las difíciles pruebas, de las que esperan salir al fin vencedoras.

Una de las que más probabilidades de triunfo tienen, en atención al buen éxito relativo logrado en los primeros exámenes, es la Sra. Vilain, cuyo retrato publicamos adjunto. Si sale bien de su empeño, no es aventurado vaticinar que su *fiacre* será de los más solicitados de París y que los *pourboires* lloverán abundantes en manos de tan gentil y arrogante automedonte.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LAS ILUSIONES DEL DOCTOR FAUSTINO. — EL COMENDADOR MENDOZA, novelas de D. Juan Valera. — La empresa que con tanto éxito publica en Madrid la colección de obras completa del eminente escritor D. Juan Valera, ha puesto á la venta esas dos novelas, que forman los tomos 5.º, 6.º y 7.º de la serie y acerca de los cuales nada hemos de decir, pues han sido consagradas por la fama como joyas de nuestra literatura. Impresas en Madrid, en la Imprenta Alemana, véndense esas obras á tres pesetas cada tomo.

LA CUINA CATALANA, por Joseph Cunill de Bosch. — Colección de fórmulas para preparar toda clase de platos con economía y facilidad, propia para servir de guía á las amas de casa y á las



PARÍS. — LA SRA. VILAIN, una de las aspirantes á ejercer el oficio de cochero. (De fotografía de M. Branger.)

cocineras en general. Contiene centenares de recetas ordenadamente clasificadas y redactadas en catalán, con verdadero carácter práctico, y la mayor parte de ellas, como indica el título de la obra, propias de la cocina catalana. Un tomo de 243 páginas, con una bonita portada de Opisso, editado en Barcelona por D. Francisco Puig. Precio, tres pesetas.

CANTS ÍNTIMS, por *Apeles Mestres*. — Colección de inspiradas composiciones del notable poeta catalán. Un tomo de 136 páginas, editado en Barcelona por D. Antonio López. Precio, una peseta.

L'AMICH, por *R. Suredach Sentles*. — Novela contemporánea escrita en catalán, de argumento interesante y sentido y escrita en estilo fácil y elegante. Un tomo de 206 páginas, editado en Barcelona por Baguñá é impreso con gran esmero por Fidel Giró. Precio, tres pesetas.

ORFÉON PAMPLONÉS. MEMORIA DE 1906. — Un folleto de 24 páginas, en el que se relatan los actos realizados por el Orfeón, los conciertos ejecutados, los premios obtenidos, en una palabra, la historia de tan notable institución durante el año último, el balance y las listas de socios. Impreso en Pamplona en la imprenta de N. Aramburu.

ESTUDIO DE SERVICIOS MUNICIPALES EN VARIAS CAPITALES DE EUROPA, por *D. Federico Armenter*. — Notable memoria dedicada al Excmo. Ayuntamiento de Barcelona y publicada por acuerdo del mismo, repleta de interesantísimos datos y de muy atinadas observaciones, que responde perfectamente al pensamiento del autor y al acuerdo del municipio, y contiene provechosas enseñanzas sobre lo que en las grandes capitales se hace en materias tan importantes como higiene, cloacas, mataderos, aguas, gas, electricidad, tranvías y enseñanza. Un tomo de 216 páginas, ilustrado con grabados y planos, impreso en Barcelona en la imprenta de La Neotipia.

LA GUERRA. AMOR LIBRE, por *Victor Arreguine*. — Interesantes estudios que forman un folleto de 63 páginas, impreso en Buenos Aires.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS** no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFÍESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

DATA DE 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

LA LECHE ANTEPÉLICA ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 4, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑE Y FEMÁN